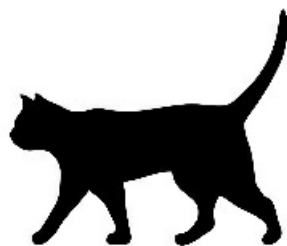


Entre tinta, ronroneos y chupetes



Carmen Colorado
Clara Ann Simons

Entre tinta, ronroneos y chupetes



**Carmen Colorado
Clara Ann Simons**

Entre tinta, ronroneos y chupetes

Carmen Colorado
Clara Ann Simons

Copyright © 2023 por Carmen Colorado y Clara Ann Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Registrado el 10/10/2023 con el número **2310105558138**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de sus autoras. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con sus autoras, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com o carmenescribe22@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1 @ccoloradowriter

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Otros libros de las autoras](#)

Prólogo

Lucía

—Con cuidado, cariño —susurro, deslizando un brazo por su cintura.

Termino de acomodar a Valentina en la amplia bañera, es nuestra primera noche en la nueva casa y hemos decidido celebrarlo con una pequeña velada romántica.

Me deshago de la ropa interior con rapidez y me coloco justo detrás de ella, acogiéndola en un cálido abrazo y masajeando lentamente sus hombros para disipar el cansancio que ha acumulado durante el día.

Últimamente, está muy tensa, casi agotada, ya sobrepasa los ocho meses de embarazo y la recta final está llamando a la puerta. Cojo el gel que tengo cerca, huele a frutos del bosque, como a ella le gusta. Impregnándome de su aroma, vierto un poco en mi mano antes de repartirlo con cuidado por todo su cuerpo, aunque no puedo evitar detenerme en su barriga.

—Hola, chiquitina, tus mamás tienen muchas ganas de conocerte —murmuro con una sonrisa.

No hay un solo día desde que supimos que estaba embarazada en el que no la acaricie o la masajee o incluso le hable, esto último me encanta hacerlo. Además, a Valentina le gusta y le hace sentir mejor. Su sonrisa cada vez que charlo con nuestro bebé refleja toda esa felicidad que siente, y no puedo ser más dichosa por ello.

—Aún no me puedo creer que estemos aquí —susurra al sentir mis caricias por su cuerpo desnudo.

—Ni yo. Es un sueño hecho realidad —admito con un suave beso en su nuca.

Valentina se deja caer hacia atrás, apoyándose en mi cuerpo. Beso su sien, su mejilla y su cuello con lentitud. Estoy completamente impregnada de su olor desde el primer día, pero todavía, un pequeño escalofrío me recorre de la cabeza a los pies cada vez que llega a mis fosas nasales. Gira la cabeza al sentirlo, sonrío y besa mis labios.

—¿Sabes que me encanta cuando te pones nerviosa?

—Lo hago desde la primera vez que te vi —admito— y lo haré hasta que me muera. Al igual que a ti se te erizan los pelitos de la nuca cuando te beso.

De nuevo, busco su cuello y aprovecho para acariciar su nuca, consiguiendo mi objetivo.

—No, para, por favor, no sigas por ahí —bromea sonriendo—. Sabes que tengo muy poco autocontrol y después de tantas semanas sin poder hacerlo, y más tan hormonada, estoy demasiado sensible.

Sonrío al escucharla. Tiene razón, así que ceso y la abrazo de nuevo. No ha sido un embarazo fácil, tuvo algunas complicaciones durante varias semanas. Le recomendaron reposo y nada de sexo. Por suerte, se solucionaron sin mucha dificultad. Pero desde que llegó a las 16 semanas, no hemos podido hacer nada. Hasta yo estoy que me subo por las paredes. El Satisfyer tiene sus límites.

—Me sorprende el aguante que tienes —admite, apretando mi mano entre las suyas y entrelazando los dedos por encima de su vientre.

—Soy toda una campeona —bromeo, haciéndola reír—. Merece la pena, te lo aseguro. Eres, bueno, sois lo más bonito que tengo en mi vida. Vas a darme una hija, Valentina, y

cualquier sacrificio es diminuto comparado con eso.

Me mira, sonrío y vuelve a besarme.

Un cómodo silencio rodea esta pequeña burbuja que hemos creado durante varios minutos, solo roto por el ocasional chapoteo del agua de la bañera y el sonido de nuestras respiraciones acompasadas.

Ambas disfrutamos del baño mientras el vapor envuelve nuestros cuerpos desnudos, de las caricias, del bienestar que estamos consiguiendo, hasta que escuchamos cómo alguien araña la puerta al otro lado. Acerté al cerrarla, sabía que tarde o temprano subirían en nuestra busca.

Bufo cuando veo que persiste, Valentina ríe inevitablemente.

—¡No te rías! No sabes lo que me costó pintar esas puertas, como para que ese gato las destroce con sus patitas —miro hacia la puerta y grito—. ¡Mico, vale ya, no seas pesado! —el ruido cesa, lo que me hace suspirar.

—¡*Miau!* —Valen ríe de nuevo y yo resoplo.

—Este gato es increíble.

—Oh, venga, no te enfades. Llevan todo el día solos los pobres, ellos también necesitan cariño. Además, el agua empieza a enfriarse y yo prefiero salir, no quiero coger frío.

—Sí, tienes razón —admito, siendo consciente de que el calor ya ha desaparecido. Del agua, no de mi cuerpo, claro.

La mujer que tengo sentada entre mis piernas se incorpora con cuidado hasta quedar sentada, aprovecho para levantarme y colocarme el albornoz mientras ella se pone en pie. Al principio la ayudaba, pero poco a poco, aprendió a hacerlo sola, con sus propios trucos, ayudándose de un agarre que hemos colocado en la pared del baño por si algún día yo no estoy.

Le ofrezco mi mano para salir, la acepta y le pongo su albornoz en cuanto lo hace. Uno que ya no cierra, pero que insiste en seguir poniéndose. Creo que lo hace para provocarme, sabe que no puedo dejar de mirarla, de observar cada centímetro de su piel desnuda, esa que la prenda no cubre cuando se la pone.

No me da tiempo a reaccionar cuando tira de mí y me besa. Una de mis manos busca su cuello y la otra su vientre. No puedo evitar dejar un pequeño rastro de besos por su cuello, pecho y barriga durante los siguientes segundos. Termino arrodillada frente a ella, besando su cuerpo y deleitándome con las vistas.

—¿En qué piensas? —pregunta, llamando mi atención.

—¿De verdad quieres saberlo? —respondo de vuelta, alzando las cejas, acariciando sus muslos por la cara interior, subiendo lentamente y deteniéndome justo antes de llegar a mi objetivo.

Valentina suspira cuando me detengo. Sonrío y muerdo mi labio inferior con intención. Lo sabe de sobra.

—¿Y si te pido que lo hagas? —inquire con la respiración acelerada.

—No podemos...

—Bueno, no podemos hacerlo como dos gatas salvajes —matiza haciéndome reír—. Pero no me importaría sentir tus besos, tus caricias, tus dedos recorriendo mi piel...

Suspiro al escucharla. Me incorporo y se acerca a mí hasta quedar a pocos centímetros la una de la otra, más distancia de la que nos gustaría debido a su estado. Coge una de mis manos y la lleva a su pecho, haciéndome sentir su calor y excitación.

—Necesito sentirte, Lucía... —suspira.

Y ese pequeño susurro termina de bajar las pocas barreras que quedaban frente a mí. La llevo a la cama, la acomodo todo lo posible para que no tenga que hacer el más mínimo esfuerzo y le hago el amor con la mayor calma del mundo. Con ternura, disfrutando de cada segundo de intimidad.

Su piel se eriza con cada caricia, sus gemidos son aún más fuertes cuando la beso, su cuerpo se tensa en cuanto mis dedos la tocan. Han sido pocos minutos, ninguna de las dos hemos tenido mayor aguante, sin embargo, se han convertido en los mejores de nuestra vida sin dudar.

No obstante, no puedo dejar de preocuparme. Así que me incorporo y la miro nada más terminar.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila —dice con una sonrisa, sin abrir los ojos—. ¡Dios, cómo necesitaba esto! —rio al escucharla, me acerco y acaricio sus mejillas hasta que sus ojos se abren, deleitándome con esa mirada que me enamoró desde el primer día en que la conocí—. Te queremos, Lu, desde el primer día.

Es increíble como una simple frase puede emocionar. A mí me hace llorar desde el primer momento en el que empezó a hablar en plural, por la niña y por ella. Ser madre junto a Valen es uno de esos sueños que nunca imaginé que tendría, pero que, en este momento, es uno que voy a cumplir y aún no me lo creo.

—Vas a ser la mejor madre del mundo —susurra, limpiando esa lágrima traicionera que rueda por mi mejilla—. Te vas a desvivir por Sami, lo sé. Y tengo la fortuna de poder estar ahí para verlo y no perderme nada.

—Yo tengo la fortuna de teneros a mi lado, os quiero con locura —le aseguro.

La beso y dejo otro pequeñito en su tripa antes de tumbarme junto a ella. En pocas semanas la tendremos con nosotras y nuestra vida cambiará para siempre.

Justo en ese momento, recuerdo algo a lo que llevaba dándole vueltas unos días.

—Sabes, el año pasado estuvimos un tiempo en la casita del monte, justo antes de Navidad.

—Sí, nuestras primeras Navidades juntas.

—Podríamos repetir este año, con la pequeña. ¿Qué te parece?

—Eso sería maravilloso, Lu. Serán nuestras primeras minivacaciones con la pequeña. Y podemos volver para pasar el resto de las fiestas con nuestros padres.

—Lo mismo había pensado yo —afirmo sonriendo, observando cómo sus ojos se iluminan—. Entonces, ¿hablo con el dueño? Sé que quedan todavía algunos meses, pero...

—Sí, hazlo mañana mismo, está muy cotizada, sobre todo en esas fechas, y prefiero reservar con antelación, quiero esos días para nosotras —sonríó al escucharla. Nos miramos y nos besamos de nuevo.

—Os quiero, Valen —suspiro.

—Y nosotras a ti, Lu.

No puedo ser más feliz.

Capítulo 1

Lucía *1 año más tarde*

Subo hasta arriba la cremallera de mi abrigo antes de coger las maletas. Sé que en cuanto abra la puerta, ese viento gélido me calará hasta los huesos y no estoy dispuesta a coger un catarro en nuestras vacaciones. Está siendo uno de los inviernos más duros y fríos que recuerdo. Sin embargo, nada nos va a hacer cambiar de planes. Serán nuestras terceras vacaciones en el monte, las segundas con nuestra pequeña, y no las vamos a cancelar por nada del mundo.

Cuando todo está colocado milimétricamente en el maletero, regreso al interior de la casa. Los padres de Valentina han llegado para ayudarnos antes de iniciar el viaje, querían despedirse de la pequeña Sami. La niña es su perdición.

—¿Vas a echar de menos a la abuela? —le pregunta Amparo, sentándola sobre su regazo.

Noto como la pequeña finge que se lo piensa, le gusta hacer de rabiar a su yaya y para conseguirlo, le niega rápidamente con una sonrisa. Todos reímos por el gesto de la niña.

—¡Pero bueno, mírala que juguetona que es! —le hace cosquillas, provocando sonoras carcajadas en Sami, hasta que terminan abrazadas.

Al separarse de ella, la niña corre hacia su abuelo, Antonio. Tienen una relación muy especial, diría que están más que unidos. Él la espera de pie, con los brazos cruzados en la espalda. Ella se coloca justo delante e imita la pose. Le saca la lengua para hacerle reír hasta que se agacha y la abraza.

—Vas a portarte bien con las mamás, ¿verdad? —pregunta alzando las cejas.

—¡Chi! —responde la pequeña, tratando de imitar el gesto serio de su abuelo. Sonreímos.

—Así me gusta, cariño.

—Deberíamos irnos —anuncio mirando el reloj impaciente—. Quiero llegar antes de que empiece a oscurecer.

—Sí, tienes razón —asegura Valen—. Venga, mi amor, di adiós a los abuelos.

La despedida se alarga unos cuantos minutos más, los que necesitamos para llegar al coche, montar y abrochar a la pequeña en su sillita de seguridad y emprender el camino. A medida que vamos llegando a nuestro destino, noto a Valentina más recostada. Lo cierto es que ha tenido mucho trabajo en los últimos días. Casi no ha podido descansar al llegar a casa.

Y es que el descanso no es demasiado compatible con una niña de dos años que es pura energía. Por suerte, en estas fechas no tengo mucho ajetreo en el estudio de tatuajes y nos hemos podido compaginar mejor. Aunque alguna que otra tarde la niña se ha quedado con los abuelos. Ambas lo necesitábamos para descansar y tener momentos de intimidad.

Llevo mi mano derecha a su muslo, me mira y sonrío.

—Te prometo que esta noche dormirás como una reina. Mañana estarás como nueva —añado, apretando ligeramente su rodilla.

—Con dormir más de cuatro horas seguidas me conformo, espero que no eche demasiado de menos su cuna —responde, encogiéndose de hombros.

—Yo me encargaré de ella si se despierta, te lo prometo —aseguro con una suave caricia

que la hace suspirar.

—Céntrate en la carretera, anda —me recuerda poniendo los ojos en blanco.

Lo que no sabe es que le tengo preparada una pequeña velada romántica, tranquila y con el propósito de relajarla.

Nada más cruzar la puerta de la casa de montaña, las dos nos miramos y sonreímos. Llega a nuestros recuerdos la cantidad de horas que hemos pasado aquí, los momentos tan bonitos y románticos que hemos vivido.

Es un lugar especial para ambas. Pero, desde que está Sami, esos recuerdos se han llenado de risas, carreras y algún que otro chupete que nos ha ayudado a calmar ciertos males.

El año pasado, por estas fechas, la pequeña tenía poco más de un año. Uno de esos días no paraba de llorar. Al final descubrimos que era porque le estaban saliendo los dientes, pero en ese instante éramos incapaces de calmarla. Estábamos tan nerviosas que no llegamos a esa conclusión.

De hecho, como última opción, preparé un baño para las tres, Sami adora el agua y pensé que quizás sería una buena forma de que dejase de llorar. Sin embargo, al volver a buscarlas, las encontré en el sofá, Valen rodeando a la niña con los brazos, con un chupete en la boca, al igual que la pequeña. La miré con los ojos muy abiertos y no pude evitar sonreír por la estampa. Las palabras de Valen siguen en mi memoria desde entonces: «Hasta que no me he puesto el chupete, no lo ha hecho ella». Realmente increíble.

Deshacemos las maletas con tranquilidad, la estancia es bastante abierta y detenemos a observar cómo Sami juega con Mico y Coco. Bueno, en realidad juega con Mico, Coco les vigila de cerca. Desde que nació, la grandullona siempre está ahí para cuidarla y que no le ocurra nada; Mico, en cambio, es un juguetón y desde que Sami empezó a gatear es un buen compañero de juegos para ella.

—Me encanta que se lleven tan bien —suelto sin dejar de mirarlos—. La cuidan tanto...

—Te lo dije en su momento y te lo digo ahora —susurra Valen junto a mi oído mientras siento su cuerpo pegado a mi espalda—. Has educado muy bien a esos gatos, y les has enseñado paso a paso cómo tratar a la pequeña. Eso —los señala— es gracias a ti.

—Y gracias a ti también, desde el primer minuto estuviste pendiente de ellos, y te debo mucho por ello.

—Con teneros en mi vida es más que suficiente para mí, Lu —asegura besando mi cuello.

Un par de horas más tarde, ambas nos sentamos por fin frente a la chimenea, con una copa de vino en la mano. El silencio nos hace suspirar. Tal es la sincronización al hacerlo que nos miramos y reímos.

—Gracias por la cena —susurra acurrucándose en mis brazos. Beso su frente y la abrazo con calma—. No sabes lo feliz que me hacen estos ratitos a solas contigo.

—Te aseguré que haría lo que fuese por ti, para verte feliz siempre. Esto solo es un pequeño gesto para conseguirlo.

—Es mucho más que un pequeño gesto, Lu —se incorpora y me mira. El color de las llamas confiere a sus ojos una tonalidad preciosa—. Es todo. Tenerte a mi lado es una auténtica bendición, y no me arrepiento ni un solo momento de elegirte y compartir mi vida contigo.

—Te amo —es lo único que puedo llegar a decir antes de que se levante y se siente a

horcajadas sobre mi regazo. Tengo la espalda apoyada en el sofá, me quita la copa de la mano y la deja a un lado junto a la suya.

—Ahora soy yo la que quiere tener un pequeño gesto contigo —susurra, haciéndome temblar.

No vuelve a decir nada más. Su mano se cuela entre mis piernas, separando con suavidad la fina tela de mi ropa interior. Gimo al sentirla sobre mi sexo, acariciándome, entrando en mí casi sin esfuerzo.

—Jo-der —gimo en su oído.

Segundo a segundo consigue hacerme temblar en varias ocasiones, haciéndome llegar al orgasmo en cuestión de minutos. Lo hace tan fácil y placentero que soy incapaz de aguantar mucho.

—Me entiendes demasiado bien —me quejo cuando consigo mirarla a los ojos. Valen ríe, sabe de sobra a lo que me refiero.

—¿Me estás pidiendo que te haga sufrir? —pregunta alzando las cejas para provocarme.

—Te estoy pidiendo que me des placer durante más tiempo, que lo alargues un poco más, no quiero que me hagas terminar tan rápido. ¿O a ti te gusta que te lo haga?

La miro con intención, alzando las cejas, lo hice una vez y casi me atraviesa con la mirada cuando llegó al orgasmo tan rápido.

—Tienes razón, no lo volveré a hacer. Solo quería escucharte gemir. Sabes que me excita mucho.

—Pues lo has conseguido —susurro, rodeándola por la cintura y pegándola a mi cuerpo —. Ahora, señorita, ¿me dejará oírle gemir a mí?

Y no necesito contestación, mi mano se cuela y hace el mismo recorrido que ha hecho ella sobre mi cuerpo minutos antes. Gime nada más rozarla y sé que no va a dejar de hacerlo durante los próximos minutos, llevándome al éxtasis con ese precioso sonido al mismo tiempo que se balancea sobre mi cuerpo.

Nada como acabar el día entre sus brazos.

Capítulo 2

Valentina

Terminamos completamente desnudas frente a la chimenea. El calor de nuestros cuerpos, unido al que nos ofrece el fuego, logra que nos quedemos dormidas durante unos minutos. Poco a poco, vamos recuperando esos momentos de intimidad que perdimos con el nacimiento de la niña. Al fin, Sami tiene un horario más o menos establecido y podemos aprovechar cuando duerme, ya que cuando era aún más pequeña se nos hacía casi imposible.

Observo a Lucía y su rostro refleja una tranquilidad envidiable, pero debo despertarla, no quiero que duerma en el suelo sobre una manta. Acaricio su mejilla con suavidad hasta que abre los ojos.

—Vamos a la cama, mi amor —susurro, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al dormitorio.

Antes de poder levantarme, me rodea con sus brazos y me besa. Sonrío al sentir de nuevo su cuerpo junto al mío, nuestros labios unidos.

—¡Miau!

Las dos pegamos un pequeño grito al escuchar el maullido tan cerca. Levantamos la vista y ahí está Mico, sentado en el centro del sofá, observándonos con atención. Tan pancho el tío. Nos miramos y reímos. Pasarán los años y no nos acostumbraremos a sus repentinas apariciones. A veces, más que un gato casi parece un fantasma.

—¿Dónde está Coco, pequeñín? —le pregunto cuando me levanto, acariciando su cabecita.

Como si me entendiera, y nada más oír el nombre, se levanta y se dirige a la habitación en la que duerme la pequeña Sami. La puerta no está cerrada del todo y entra. Voy tras él y, al abrir, le veo acomodarse a los pies de la cuna. Me acerco para ver si la niña sigue dormida y no es que esté dormida, es que está completamente abrazada a Coco, como si fuese un osito de peluche. Miro hacia atrás, buscando a Lucía y con un gesto le pido que entre.

—Míralas —suspiro. Es una escena tan tierna que apenas puedo contener las lágrimas.

No dice nada, las mira y sonríe como nunca. Coco se ha convertido en una especie de hermana mayor para la peque. La protege, la vigila y la cuida. Y si tiene que dormir con ella, lo hace.

Segundos después, abandonamos la habitación de la manera más sigilosa posible para no despertarla. Mico nos mira pero se queda en el sitio, no se va a separar de la cuna. Apagamos las luces y nos vamos a nuestra habitación. Entro al baño y, al salir, veo a Lucía mirando su móvil con una sonrisa. Me acomodo a su lado y observo una foto de los gatos junto a Sami, apenas tenía unas semanas cuando la sacó y ya se quedaban a su lado para protegerla.

—Coco duerme con ella, Mico es su cómplice de juegos... Me encanta que se esté criando con ambos —admite con una amplia sonrisa.

—Sami los quiere con locura, incluso se sabe sus nombres. Sobre todo el de Mico —nos miramos y reímos al recordarlo, justo antes de cenar ha sido la última vez que lo ha

nombrado.

Estamos terminando de hacer la cena y la papilla de la pequeña, cuando la oímos reír. Miramos y la encontramos sentada junto a Coco, mientras observan a Mico saltar de un lado para otro, acercarse y hacerle cosquillas a la pequeña con su cola. Pero lo que no nos esperábamos es oírla decir su nombre. Cuando Mico se aleja y se sube al sofá, Sami lo reclama.

—¡Mico, Mico!

No es la primera vez que lo nombra, pero quizás sí la primera que lo hace de una manera más consciente. Dejamos lo que tenemos entre las manos y nos acercamos a ella. Es Lucía la que lo hace más rápidamente:

—¿Cómo le has llamado, mi amor? —pregunta—. Llámalo otra vez, Sami. Dile: ¡Mico, ven!

—¡Mico, ven! —le repite.

Cuando nos damos cuenta, Mico ya está jugando de nuevo. Lucía le deja un beso en la frente y la abraza antes de volver con la cena. La sigo y la abrazo al ver lo emocionada que está. Beso su cuello y volvemos a nuestro cometido, sé que no quiere decir nada o se echará a llorar.

—Me hace muy feliz —susurra dejando su móvil y tumbándose en la cama—. Ellos se convirtieron en todo para mí cuando más lo necesitaba. Y sé que lo harán igualmente con ella.

—Eso puedes tenerlo seguro —me acomodo y me acoge en sus brazos, me encanta dormir abrazada a ella, sintiendo el latir de su corazón.

—Mira —señala con su brazo hacia la ventana. Sonreímos al descubrir que está nevando.

—Wow, es precioso.

—Quizás mañana podamos salir a jugar con la niña unos minutos, el año pasado aún era muy pequeña y nos daba miedo que cogiese frío o se hiciese daño, ¿recuerdas?

—Sí —suspiro recordando esos momentos—. ¿No tienes la sensación de que el tiempo está pasando muy rápido? Sami ya tiene casi dos años y medio, nosotras pronto haremos cinco desde que estamos juntas.

—Tienes razón. Demasiado rápido. Pero hemos disfrutado de cada día, de cada minuto que hemos estado juntas. Hemos viajado, hemos formado una familia, hemos creado y seguimos creando recuerdos maravillosos... Puedo decir con total seguridad que han sido los cinco años más increíbles y bonitos de mi vida —me asegura, besando mi frente.

—¿De verdad? —pregunto, sintiendo como mis ojos se llenan de lágrimas.

—Te lo aseguro. Cada día a tu lado es un auténtico regalo, Valen.

—Te quiero con locura, Lucía.

—Y yo a ti. Pero no llores o me harás llorar a mí también, que ya sabes que estas cosas me ponen muy sensible —bromea, besando las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Nos besamos y nos abrazamos antes de sumirnos en un profundo sueño. Una nueva noche a su lado, un nuevo día que acaba entre sus brazos.

No me imagino ni un solo día sin Lucía, ni uno. No nos hemos separado desde que nos encontramos. Si tenemos que viajar, lo hacemos juntas. Hacemos lo imposible para estar en la compañía de la otra el mayor tiempo posible y seguir creciendo de la mano.

Solamente hay algo que estamos posponiendo, nuestra boda. Las dos queremos casarnos, sin embargo, hemos decidido hacerlo dentro de unos años. Cuando Sami sea lo

suficientemente mayor y consciente para que lo viva y lo recuerde durante el resto de su vida. Deseamos que nuestra hija guarde en su memoria los recuerdos de uno de los mejores días de nuestra vida, y lo vamos a cumplir.

Hasta entonces y por el momento, seguiremos viviendo, creando recuerdos imborrables, como bien dice Lucía, escribiendo nuestra propia historia que nos hace feliz cada día, más aún si es posible.

Capítulo 3

Valentina

Abro los ojos al sentir un peso extra sobre mis caderas. Poco a poco empiezo a ser consciente de dónde estoy y descubro a Coco acomodándose sobre mí. La miro extrañada, con los ojos entrecerrados, suspiro y cierro los ojos de nuevo.

Pero los vuelvo a abrir de inmediato, si Coco está aquí, la pequeña... Sí, así es. Miro a mi izquierda y encuentro a Sami tumbada sobre Lucía. Otra vez. Ya le he dicho que no me gusta que la acostumbre a dormir con nosotras, más ahora que es ya grandecita.

Sin embargo, ese pensamiento fugaz desaparece al mismo tiempo que una sonrisa se instala en mis labios. La imagen de Lucía y Sami, durmiendo abrazadas y tan plácidamente, me deja completamente en blanco.

Miro el reloj, son algo más de las nueve. Me acerco a mis chicas, dejo un suave beso en cada una de ellas y las acaricio con ternura durante varios minutos. Puede que físicamente Sami se parezca mucho a mí, incluso es tan rubia como cuando yo era pequeña, pero los gestos, la forma de ser y ese corazón tan bonito lo ha heredado de Lucía.

Recuerdo perfectamente cuando me dijo: *«Sé que lo haremos bien. Y estoy segura de que le daremos todo el amor que llevamos dentro. Eso es lo único que importa»*. Yo tenía muchísimo miedo, cada vez más a medida que la fecha del parto se aproximaba, no obstante, siempre tenía las palabras exactas para conseguir que me calmase. Lo sigue haciendo a día de hoy.

No me equivoqué con ella, es el amor de mi vida, ambas lo son. Sami empieza a despertar, se despereza, abre los ojitos y se mueve con lentitud sobre Lucía —que ni siquiera se inmuta, envidio el sueño tan profundo que tiene— y en cuanto su mirada se enfoca, sonrío.

—Buenos días, mi niña.

—*Benos* día, mami.

—¿Por qué no estás durmiendo en tu cunita? —se encoge de hombros. Seguramente se haya despertado en mitad de la noche e, incapaz de dormir, Lucía se la haya traído—. Bueno, no pasa nada —la acaricio haciéndole sonreír—. ¿Despertamos a mamá? ¿Qué te parece?

Sus ojos brillan, le encanta despertar a Lucía. Se apoya en su pecho, se sienta más erguida sobre su barriga colocando las manitas para no caerse y zarandea a Lucía hasta que despierta:

—¡Mamá, mamá, *despieta*! —rio al escucharla, aunque rio aún más cuando Mico se une al juego y se sienta también sobre su pecho. Cree que la niña está jugando y él quiere ser partícipe. Lucía bufó.

—Vale, vale, ya —digo mientras cojo en mis brazos a Mico, el muy travieso se acomoda cuando empiezo a acariciarlo. Incluso ronronea durante su sesión de mimos mañaneros.

—Dale los buenos días a mamá, Sami.

—¡*Benos* día, mamá!

—Buenos días, mi vida —susurra Lucía, me mira y sonrío—. Buenos días, mi amor.

Nos besamos y como ya es costumbre, la pequeña sonrío al vernos.

—¡Yo *quero*!

—¿Tú quieres un beso? —le pregunto.

—¡Chi! —se abalanza a mis brazos y me da un beso en la mejilla—. *Oto* a mamá — repite el mismo movimiento con Lucía.

Y así son todos nuestros despertares, entre besos, abrazos y dos gatos. Puede parecer raro, pero, si no están ellos, no es lo mismo. Ellos también reciben su correspondiente sesión de mimos antes de comenzar el día.

Decidimos que, para empezar bien la mañana, podemos hacer unas tortitas. La pequeña ha decidido que serán con sabor a chocolate y quién soy yo para negárselo. Estoy metida en la cocina cuando escucho a Lucía.

—¡Dios mío! —grita.

—¿Ha pasado algo? —la busco con la mirada sin dejar de hacer el desayuno.

—No podemos salir. ¡Mira qué cantidad de nieve! Es increíble —añade, señalando con el dedo índice.

—¿Qué? —aparto la sartén del fuego y corro a su lado. Ha nevado tanto que alcanza hasta la mitad de la puerta de entrada—. No puede ser —suspiro preocupada.

De inmediato, empiezo a agobiarme. Pensar que nos hemos quedado atrapadas en esta casa me pone muy nerviosa, tanto que tengo que apartarme para no mirar más.

—Valen, tranquila, no pasa nada. En unas horas dejará de nevar y podremos salir.

—¿Cómo sabes eso?

—No lo sé, Valen, es lo normal, supongo. Tendrá que parar en algún momento — responde encogiéndose de hombros.

—¿Y si no podemos salir de aquí en varios días? —pregunto con preocupación, llevándome la mano derecha a la boca.

—No pienses en ello. Además, están los guardas. Seguro que con todo lo que ha caído estarán pendientes de nosotras y de todas las casas que hay en la zona.

—Ya... —vuelvo a la cocina para seguir con las tortitas, prefiero no pensar en lo que puede o no puede suceder.

Pocos segundos después, Lucía me abraza por la espalda. Siento cómo mis piernas se aflojan un poco. Me sigue ocurriendo cada vez que se acerca, y eso que han pasado ya cinco años desde la primera vez. Sus besos en la nuca provocan que mi piel se erice y me hace suspirar.

—Tranquila, amor. Aquí estaremos bien, ¿de acuerdo? Tenemos provisiones de sobra para varios días. Los suministros de luz y agua están preparados para este tipo de situaciones y hay mucha leña dentro de la casa que nos mantendrá calientes. No pasará nada —me asegura con un nuevo beso tras el lóbulo de mi oreja.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —insisto.

—Porque os tengo a vosotras dos y no me hace falta nada más.

Me giro al escucharla.

—Te prometo que llamaré a los guardas en cuanto terminemos ese maravilloso desayuno, hasta al dueño si hace falta, y descubriremos qué hacer. Lo importante es estar tranquilas. No te agobies, por favor. Estamos aquí para pasar tiempo en familia, Valen, no pasará nada si la nevada se alarga un poco... Sí, sé que tenemos la cena con tus padres —dice antes de que pueda rebatir nada—. Estoy segura de que para entonces estaremos fuera de aquí. Solamente tenemos que cambiar los planes de la nieve por otro juego. Y si lo piensas, tiene un punto romántico. Estamos en Navidad al fin y al cabo —agrega con un simpático guiño

de ojo.

Suspiro. Sus palabras y su dulce mirada hacen que me relaje por completo. Sonrío antes de abrazarme a su cuello y cubrirla de besos:

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te amo?

—Creo que cada día desde que te conozco —reímos cuando contesta—. Pero nunca será suficiente. Por mucho que me lo digas, siempre quiero escucharlo de nuevo.

—Pues te amo, te amo con locura Lucía, cada minuto de mi vida. Y lo seguiré haciendo mientras viva.

—Y yo a ti, mi vida, y yo a ti —repite.

Nuestros labios se encuentran en un pequeño y dulce intercambio, uno que es interrumpido por un mini terremoto llamado Sami.

—¡Mami, *teno hambe*! —me separo al oírla, pero no demasiado. Busco a la niña con la mirada y está entretenida con sus juguetes, así que aprovecho unos segundos más.

—Esto no se queda aquí —susurro contra sus labios.

—Recemos para que duerma la siesta —bromea, haciéndome reír.

—¡Mami!

—Voy cariño —digo terminando de hacer las últimas tortitas—. Ya casi está el desayuno.

Antes de irse, Lucía deja un pequeño cachete en mi culo, un gesto que nos hace sonreír. Siento como con cada detalle, con cada mirada, con cada sonrisa, me enamora un poco más. Jamás he sido tan feliz en mi vida. Y eso solo ha sido posible gracias a ella.

Capítulo 4

Lucía

Falta poco más de una hora para comer. Nos hemos pasado la mañana terminando de ordenar algunas cosas y jugando con la pequeña. Aunque estuvo más tiempo entretenida con Mico y Coco, lanzándoles juguetes que ellos mismos le traían de vuelta como si fuesen dos perritos. Es increíble cómo se entretiene con cualquier cosa.

De pronto, escuchamos unos golpes en la puerta y nos miramos un poco extrañadas.

—¿Hay alguien aquí? —la voz de un hombre llama nuestra atención. Algo nerviosa, corro hacia la entrada y aparto la pequeña cortina que cubre el cristal.

—¡Sí, estamos aquí! —respondo al ver de quién se trata.

—Vayan a la ventana lateral —ordena, señalando con el dedo— está libre de nieve, podrán abrirla y podremos comunicarnos mucho mejor.

—Ahora mismo —respondo, haciendo un gesto a Valen para que me acompañe.

Son dos cuerpos de la Guardia Civil. Les había dejado un mensaje en el buzón comunicando la situación que tenemos y lo han escuchado con rapidez. Nada más abrir la ventana, el frío y el gélido aire se cuegan en la casa. Tiemblo por el contraste, pero no importa, me quedo mucho más tranquila si solucionamos este problema cuanto antes.

—Sentimos no haber atendido la llamada esta mañana. Hemos salido para comprobar toda la zona después de la tormenta —se disculpa uno de ellos.

—No se preocupe, de verdad. Nos alegramos mucho de verles. Estábamos muy preocupadas al quedar incomunicadas —explica Valentina.

—¿Están bien ahí?

—Sí, de momento estamos bien —respondo—. Tenemos de todo y podríamos aguantar algunos días más. ¿Sabe si esto va a durar mucho?

—Creemos que las carreteras estarán transitables en un par de días, al menos eso marca el tiempo, dejará de nevar y subirán las temperaturas. Para entonces, será más fácil retirar la nieve y podrán salir. Les aconsejamos que se mantengan dentro durante el temporal, es mucho más seguro. Nosotros pasaremos por aquí siempre que lo necesiten y les traeremos cualquier cosa que nos pidan, solo tienen que llamar. Mientras tanto, empezaremos a trabajar sobre el terreno, ayudando a apartar la nieve y limpiando el camino.

—De acuerdo. Muchísimas gracias por la labor que están haciendo. Nos dejan mucho más tranquilas —agradezco.

—Un placer, señoritas. Cualquier emergencia, llamen de nuevo y vendremos lo más rápido posible —añade el guardia civil.

—Así será. ¡Muchas gracias!

En cuanto se marchan, cierro la ventana y me acerco a Valentina. Se ha ido hacia atrás con la pequeña para no dejarla sola, aunque ha seguido muy pendiente de la conversación.

—¿Te quedas ya más tranquila? En unos días se solucionará todo, ya le has oído.

—Sí, un poco —suspira.

—Ey, no te preocupes.

Guardo su cara entre mis manos, acariciando la piel de su mejilla para calmarla. Sé lo mucho que odia estar encerrada y no poder salir, bastante bien lo está sobrellevando dada la

situación.

—No pasará nada, te lo prometo. Aunque yo misma tenga que ayudarles y abrir el camino para irnos a casa —sonríe al escucharme.

Valentina me abraza y me besa antes de volver a la cocina. Estamos seguras de que en pocos minutos la niña ya nos estará pidiendo algo de comer.

—A este paso ninguna de las dos ganaremos lo suficiente para llenar la nevera. ¡Jolín, lo que come la cría esta! —bromeo.

—Se puede decir que ha salido a nosotras, ¡las dos somos muy comilonas! —responde Valen, encogiéndose de hombros.

**

Recibimos la llamada de Antonio y Amparo a media tarde, les contamos la situación y, por suerte, lo toman con bastante tranquilidad. Conocen bien la zona, ellos también han pasado algunas vacaciones aquí y saben que es de lo más normal y que la casa está bien equipada.

Con esta conversación me han ayudado a mediar con Valentina, una simple mirada me ha bastado para que entendieran que ella estaba nerviosa, y en pocos minutos todos esos nervios y dudas se han esfumado.

Toda la conversación pasa a un segundo plano cuando Sami entra. Ella es capaz de hacernos olvidar hasta el mayor de nuestros problemas.

—¡Guapa! —exclama Amparo—. ¿Eres guapa, Sami? —la pequeña asiente rápidamente, haciéndonos reír

—Sami *apa* —repite.

—¡Sí, Sami es la más guapa de todas! —añado mientras la siento en mis piernas para que pueda hablar un rato con sus abuelos—. ¿A que sí?

Aun así, se baja corriendo, quiere irse a jugar, pero se marcha repitiendo su nueva palabra favorita.

—¡Soy *apa*, soy *apa*, soy *apa*! —volvemos a reír mientras la escuchamos. En pocos minutos nos despedimos de ellos y cerramos la llamada.

Ya más relajada, apoyo la espalda sobre el respaldo del sofá. Valen mira justo detrás, supongo que buscando a la niña. Sonríe y aprovecha para sentarse a horcajadas sobre mí. No pierde ni un segundo antes de besarme.

—Vaya... Alguien por aquí está muy animada —susurro sobre sus labios mientras la acerco mucho más a mi cuerpo y gime sobre los míos cuando lo hago.

—Tenía muchas ganas de esa siesta que no llega —dice sonrojada, en un intento de quejarse, haciéndome sonreír.

—Y yo... Pero míralo por el lado bueno.

—¿Lado bueno?

—Esta noche la peque se dormirá temprano —anuncio con una mirada sugerente.

—¡Oh! —exclama sonriendo antes de volver a besarme.

—¿Sabes? Me encanta que poco a poco podamos recuperar estos momentos de intimidad. Con la niña ha sido un poco imposible durante los primeros meses de su vida —indico acariciando sus muslos con la punta de los dedos.

—Sí, tenemos que prometernos que sacaremos un poco de tiempo todas las semanas para nosotras. Podemos pedirles a mis padres que se queden un día con ella, y tener una pequeña cita romántica. No quiero que nos vayamos dejando y perder todo lo que hemos construido hasta ahora —propone alzando las cejas.

—Eso no pasará. Sacaremos tiempo de donde haga falta, hasta de debajo de las piedras si es necesario. Te lo prometo. Sabes que sigo tan enamorada de ti como el primer día, ¿verdad?

Dejo un dulce beso en sus labios y la abrazo, aunque nos vemos obligadas a separarnos en cuanto la pequeña se sube al sofá y se lanza contra nosotras.

—¡Yo *tamben* quero! —sonreímos y la colocamos entre ambas. Valen se ha separado lo suficiente para poder sentarla en el medio.

—Os quiero mucho —susurro cuando nos abrazamos.

—Y yo...

—Sami *tamben* quiere a mamás —dice la niña, provocando una nueva sonrisa.

—¿Qué os parece si jugamos un ratito con Mico y Coco? —sugiero—. Seguro que ellos tienen muchas ganas de jugar. ¿Quieres, peque?

—Sííí, ¡Mico, Coco, Mico, Coco! —la pequeña sale corriendo a toda la velocidad que le permiten sus piernitas, con su buen humor y pegando saltitos, como es habitual en ella. Ambos gatos aparecen nada más escucharla, algo que siempre nos hace sonreír.

—¿Y a ti que te parece si hoy hacemos una pequeña cena romántica? —propone Valentina antes de levantarnos—. Cenita, peli, vinito... y luego... ya sabes —añade con un seductor guiño de ojo.

—Uhm, me encanta el plan, sobre todo la última parte —susurro antes de besarla.

Se levanta y la observo marchar para sentarse en el suelo junto a Sami. Es una auténtica calca de ella. Los mismos ojos, la misma forma de la cara, mismo color de pelo y piel. Las miro y siento que no puedo ser más feliz, que ya tengo todo lo que algún día deseé.

Lo único con lo que puedo soñar es con que esta familia, y todo lo que nos une, no desaparezca nunca. Jamás amaré a nadie como las amo a ellas, y eso será para siempre.

Capítulo 5

Valentina

Suspiro en cuanto la puerta del cuarto de la pequeña Sami se cierra. Estaba tan agitada y con tanta energía después de jugar, que ha sido casi imposible poder dormirla. Por suerte, cuento con Lucía, la entiende muy bien para ese tipo de cosas. Decidió darle un baño calentito y no sé cómo, ha caído rendida en poco más de media hora.

—No entiendo cómo lo haces —admito mientras se acerca y se coloca al otro lado de la encimera, dedicándome una preciosa sonrisa.

—Un buen baño y unos mimos dormirían a cualquiera —añade satisfecha.

—No te lo voy a discutir.

Se acerca para observar qué es lo que estoy cocinando. Lucía es adicta al pollo en cualquiera de sus variedades, podría decir que lo come casi todos los días de la semana. Esta noche podrá degustarlo en un burrito completo. Pollo, verduras y una salsa que prácticamente me he inventado con los ingredientes que tenía a mano, pero que me ha quedado de rechupete y le da un toque exquisito a toda la combinación.

Mientras estoy revolviendo la salsa, me abraza por la espalda, inspira con calma y deja varios besos en mi cuello que consiguen ponerme la piel de gallina.

—Oye, ¿puedo pedir una ración de mimos como la de nuestra hija esta noche? —ríe en cuanto me escucha.

—Sabes que te daré todos los mimos que desees —susurra—. ¿Te apetece un buen masaje?

Me giro y la miro con los ojos muy abiertos. Una de las cosas que he descubierto a lo largo de estos años junto a Lucía es que tiene una habilidad increíble en esas manos. Los masajes que da son tremendamente buenos, y por suerte, he podido disfrutar de ellos en muchas ocasiones.

Sonríe al ver mi expresión, sabe que me vuelven loca. Yo, inevitablemente, me sonrojo.

—Sabes que me encantan.

—Lo sé... Voy a preparar la habitación mientras terminas la cena, ¿vale?

Besa mis labios con dulzura y vuelve a dejarme a solas. Pocos minutos más tarde, termino de cocinar y voy en su busca. Nada más entrar en nuestro dormitorio, sonrío al percibir el aroma de las velas de vainilla que ha encendido en la habitación. Me encanta ese olor.

Además, ha preparado la cama para que pueda tumbarme y no manchar así las sábanas con las cremas y aceites, terminando de colocar todos esos productos justo al lado.

—Wow... Si no me estuviera muriendo de hambre pasaríamos de la cena —bromeo.

—Paciencia, rubia —viene hasta mí y me besa de nuevo—. Sabes que esperar, tiene su recompensa —añade con un guiño de ojo—. De todos modos, esto es solo un pequeño avance. Después de cenar te daré el masaje que te mereces. Con mucha más calma. Y ya te adelanto que será mucho más erótico que relajante —bromea.

—Dios mío —susurro cuando sus manos empiezan a acariciar mi cuerpo—. Espero que el sueño de nuestra hija sea profundo.

Reímos por mi ocurrencia, una que ojalá se cumpla, y en cuanto termina con el masaje

volvemos al salón para sentarnos y cenar. Entre bocado y bocado, no podemos evitar recordar la primera vez que nos besamos. Ha vuelto a nuestra memoria porque estamos disfrutando de la misma cena que aquella noche.

Estábamos en mi casa, yo era incapaz de dormir, sabiendo que ella estaba en el dormitorio de al lado, a pocos metros de mí, separadas tan solo por una fina pared. Me levanté para beber un vaso de agua, pero me detuve al ver la luz de la habitación de Lucía encendida. La puerta no estaba cerrada por completo y me permití entrar.

Mico y Coco, que la acompañaban, alzaron sus cabezas nada más oírme. Pero yo no podía fijarme más que en ella y en su cuerpo. Llevaba una simple camiseta que le tapaba lo justo. Aunque podía ver ese magnífico tatuaje y la piel en la que estaba dibujado.

—Pensé que dormías —susurré mientras cerraba la puerta.

—Estaba contestando algunos mensajes de nuevos clientes.

Me acerqué y me senté junto a ella, sin poder evitar desviar la mirada hacia su muslo y acariciar ese tatuaje con delicadeza. Sentía cómo el calor de mi cuerpo aumentaba cada segundo. Hizo algo que nunca imaginé, dejó su trabajo a un lado y se colocó de tal modo que pudiera apreciarlo por completo, dándome una imagen de su cuerpo que no olvidaré nunca y que, por suerte, he podido tocar, besar y disfrutar desde entonces.

—No puedes imaginar la de suspiros que aguanté esa noche —admito, haciéndola sonreír.

—No fuiste la única. Sentir la punta de tus dedos sobre mi piel fue realmente increíble. Y pocos minutos después, me besaste por primera vez. Ese beso que anhelaba desde hacía mucho tiempo.

—De lo único que me arrepiento es de no haber ido más allá en ese momento, lo deseaba tanto...

—Pero no estabas preparada, no aún Valen. Y yo lo sabía. No quería forzar algo y que te arrepintieras luego. Llegó cuando tuvo que llegar y ya está. Ha sido mucho mejor así, mira dónde nos ha llevado.

—Gracias, una vez más, por respetarme durante ese tiempo. Te lo agradeceré durante toda la vida —le aseguro.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí, amor —asiento y no decimos nada más.

Minutos después, estoy quitándome la última prenda que queda en mi cuerpo antes de tumbarme en la cama. Me coloco boca abajo y me apoyo en mis propios brazos, ya que es la posición más cómoda para mí. Suspiro por primera vez en cuanto se sienta sobre mí, no puedo evitar mirar de reojo y encontrarla casi sin ropa, básicamente lleva las bragas y nada más, cosa que me encanta.

Cierro los ojos cuando el aceite, algo más frío que mi propia piel, cae por mi espalda. Pocos segundos más tarde, sus manos recorren cada centímetro de mi cuerpo, liberando toda la tensión y el estrés acumulado. Me masajea con lentitud, con cariño, apretando en aquellos lugares donde el músculo se resiente hasta relajarlo por completo.

—Joder —suspiro en cuanto las manos de Lucía empiezan a bajar. Cuando lo hacen con esa lentitud, solo significa algo, y es que ese masaje se extenderá por el resto de mi cuerpo.

Escucho su risa, aunque esto me encanta, sé que de las dos, ella será quien más lo disfrute. Me tiene tan relajada que podrá hacer conmigo lo que quiera. Lo sé y ella también lo sabe. Y me encanta que lo haga, para qué voy a negarlo.

Sentir sus manos masajeando mis glúteos, la parte posterior de mis muslos y piernas es

solo el comienzo. Vuelvo a gemir cuando su cuerpo se pega al mío mientras besa mi cuello y los dedos de su mano buscan mi intimidad. Está claro que piensa volverme loca en cada movimiento.

—Gírate —ruega.

Se incorpora y se queda de rodillas sobre el colchón. Me doy la vuelta y puedo ver su cuerpo totalmente desnudo. No sé en qué momento se ha deshecho de sus bragas, pero lo que sí sé es que está tan mojada como yo cuando se sienta sobre mis caderas.

Sus manos, aún repletas de aceite, masajean mi torso y mis pechos con suma delicadeza, al mismo tiempo que deja besos durante todo el recorrido.

Cuando abro los ojos, esa sonrisa me hace temblar, y es que no va a parar hasta que ambas no estemos satisfechas. No hacen falta palabras para saber que será así y lo estoy deseando con todo mi ser.

Capítulo 6

Lucía

Despierto cuando Mico se tumba sobre mi cuello y apoya la cabeza en mi cara, ronroneando. ¿Y cómo sé que es Mico? Porque es el único que hace estas barbaridades. Es su manera de despertarme casi todas las mañanas.

Lo aparto con cuidado y le doy unos mimos mañaneros. Le chiflan. En cuanto está satisfecho se marcha, momento en el que abro los ojos y me giro para buscar a Valen, pero me llevo una sorpresa; no está, y su lado de la cama se encuentra ya frío.

Me quedo unos segundos más bajo las mantas y sonrío al apreciar su olor mezclado con el del aceite, además de rememorar cada imagen de lo que ocurrió anoche. Acaricio mi vientre con los dedos y puedo llegar a sentir sus manos y sus besos recorriéndome aún. Fue una noche de lo más increíble.

Me incorporo y me pongo el pijama antes de salir del dormitorio. Recojo el pelo en un moño alto y al abrir la puerta, me la encuentro desayunando junto a Sami. La pequeña ya tiene sus momentos de independencia total y está disfrutando de uno de ellos. Está comiéndose ella sola su tostada.

—¡Buenos días, mis chicas! —me acerco y las beso en varias ocasiones a cada una. Sami ríe durante esa sesión de besos, siempre dice que le hace cosquillas.

—Benos día, mami.

—Buenos días...

—Uy, ¿te ocurre algo? — noto a Valentina un poco seria.

—No es nada.

—Valen... —con una simple mirada consigo que hable.

—Ha nevado más... Más aún, Lucía. Sé que me estoy comportando como una idiota, pero necesito salir de aquí, aunque sea por unos minutos.

Suspiro, no digo nada. Ni siquiera sé qué decir. Pensé que con las conversaciones que habíamos tenido ya era suficiente. Solamente se me ocurre algo. Así que tomo un café rápido y desaparezco de la vista de ambas por unos minutos. Los suficientes para abrigarme mucho.

Sin decir nada, me dirijo a la puerta de atrás, donde tenemos toda la leña, y cojo una de las palas que hay apoyadas en la pared. No sé quién decidió dejarlas ahí, pero se lo agradezco con todo mi corazón. Aunque habría quitado la nieve con mis propias manos de no haber tenido esas palas.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Valentina al verme.

—Quitar toda esa maldita nieve de la puerta para que puedas salir.

—Lucía, no es...

—No me vayas a decir ahora que no es necesario, porque veo cómo los nervios te están comiendo al estar encerrada. Y no me voy a quedar quieta sabiendo que pueden provocarte un ataque de ansiedad.

Se calla al verme tan seria. Abro la ventana por la que hablamos con la Guardia Civil, ya que si abro la puerta toda esa nieve entrará en la casa. Con algo de dificultad, paso a través de ella y la cierro de nuevo. Me pongo la capucha del chaquetón y subo la cremallera hasta

arriba para pasar el menor frío posible.

Hay bastante nieve, de hecho, me lleva más de dos horas apartarla en su totalidad de la puerta y del porche. Lo suficiente para que Valentina pueda salir.

—Bueno —suspiro—. Sesión de gimnasio hecha por hoy y por toda la semana —me digo para mí misma. Llamo a la puerta y en pocos segundos Valen me abre—. Listo, ya podemos salir, aunque solamente sea al porche. Eso sí, abrígate mucho, porque el frío que hace ahí fuera te cala hasta los huesos.

Hablo mientras me quito el chaquetón y lo coloco en una silla para que se seque, al girarme, me topo con Valentina y sus labios. Ni siquiera he podido respirar, no me la esperaba. Me besa y me abraza durante varios segundos, apartándose cuando siente que voy a quedarme sin aire.

Respiro y la miro con los ojos muy abiertos, sorprendida por este arrebato.

—Gracias... —suspira.

—Deja de agradecerme nada, boba.

Nuestras sonrisas se esfuman al escuchar cómo un vaso se estrella en el suelo. Corremos para ver si le ha ocurrido algo a Sami, que está envuelta en todo el contenido que tenía ese vaso. Hay leche por todos lados y el suelo está lleno de cristales. Está claro que lo ha hecho a propósito, porque no deja de sonreír y jugar con lo que ha quedado en la bandeja. Cuando es un accidente, lo primero que hace es pedir perdón, a veces también pone un puchero precioso. Valen, corre a por el escobón y el recogedor, yo me quedo mirando a la pequeña.

—Samanta —la niña deja de jugar y me mira con los ojos muy abiertos. Solo me ha oído decir su nombre al completo un par de veces, y ha sido para regañarla por algo que ha hecho mal—. ¿Crees que está bien lo que has hecho? Has tirado el vaso por estar jugando, lo has roto y te has podido hacer daño. Eso no está bien.

Los ojos de la niña empiezan a humedecerse, pero no daré un paso atrás, si lo hago no aprenderá nunca.

—¿Por qué lo has tirado, Samanta? —se encoge de hombros—. ¿No querías más? —niega rápidamente—. La próxima vez que no quieras más, me lo dices, a mí o a mamá, ¿de acuerdo? Pero no lo tires, es peligroso.

—Vae mami —dice refregándose los ojos—. Lo *sento*.

—Venga, me ayudarás a limpiar la bandeja.

Cojo el rollo de papel y le doy a Sami lo suficiente para que lo coloque sobre el líquido derramado y se absorba. Limpia como mejor puede y tira el papel a la basura cuando se la pongo al lado. Le ofrezco otro papel y repetimos este paso hasta que todo está seco.

—¿Crees que está todo limpio? —le pregunta Valentina al finalizar. La niña mira a su alrededor y asiente—. ¿Volverás a hacerlo? —niega rápidamente con la cabeza—. Bien...

Se mira a ella misma, siente que está mojada.

—Sami *sucia* —en este momento, la seriedad que Valen y yo estábamos aguantando se esfuma, sonreímos al escucharla sin poder hacer nada por evitarlo.

—Sí, Sami está sucia y necesita un baño cuanto antes.

—¿Mamá se baña con Sami? —pregunta, mirándome.

Su mirada es un poco triste cuando lo hace, no le gusta que me enfade y sé que hace esto para compensar su trastada de alguna manera.

—Mamá se baña con Sami —repito afirmando y viendo como su mirada vuelve a iluminarse. La cojo en brazos y nos abrazamos. Miro a Valentina antes de entrar en el baño—. Aprovecha para abrir un poco y ventilar la casa. Y abrígate si vas a salir, no quiero que

te enfermes.

Leo un *te quiero* en sus labios que me hace sonreír antes de poder iniciar nuestro baño. Dejo a la niña en el suelo y le quito la ropa mientras lleno la bañera de agua bien calentita.

—¿Mami sigue enfadada?

—No —le aseguro—. Sabes que no me gusta que hagas esas cosas. Pero has pedido perdón y has ayudado a recoger y limpiar. Y eso me gusta mucho. Debes tener mucho cuidado la próxima vez, ¿de acuerdo? No quiero que te hagas daño.

—Vale mami, lo *sento*.

—No pasa nada, cariño, todo está bien —digo cuando me abraza—. ¿Nos damos un super baño juntas?

—¡Síííí!

Antes de entrar, pongo un poco de música infantil, esa que no deja de escuchar últimamente. Quiero que sea un baño divertido y se olvide del malestar que nos ha dejado ese pequeño accidente. Y yo también, para qué negarlo. Por suerte, sé que estos baños son de lo más revitalizantes para ambas y que cuando salgamos de aquí, será muertas de risa y con el ánimo por las nubes. Y es que no hay nada mejor que un buen baño juntas para calmar todos los males.

Capítulo 7

Valentina

Después de comer, me encargo de acostar a la niña para que duerma al menos un par de horas. No ha parado de jugar en toda la mañana con Lucía y los gatos mientras yo preparaba la comida. Un par de canciones y varias caricias y besos más tarde, sus respiraciones se vuelven más lentas y puedo salir de la habitación. Coco está a sus pies, la acaricio para darle las gracias por vigilarla y la dejo en plena oscuridad.

—¿Lucía?

La había dejado terminando de recoger las cosas de la comida y no está. Observo la estancia y encuentro la puerta principal abierta. ¿Habrá salido? Cojo mi abrigo, me lo pongo y, en cuanto doy un paso fuera, una bola de nieve termina en un lateral de mi cara.

Cierro los ojos al sentir ese frío tan intenso, mis mejillas empiezan a ponerse muy rojas cuando escucho la risa floja de Lucía. Giro la cabeza lentamente, está apoyada en la pared, sin poder parar de reír.

—¡Tendrías que haberte visto la cara! Ojalá lo hubiese grabado —dice sin mirarme. Está a punto de hablar de nuevo cuando una bola termina en su cara. Ni siquiera sé cómo he tenido tanta puntería, pero le he devuelto el golpe.

—Vaya, parece que esto es la guerra.

La pelea de bolas de nieve termina una media hora más tarde, cuando las dos estamos lo suficientemente caladas como para morir de frío. Entramos, nos quitamos la ropa y nos preparamos un baño caliente. Ambas terminamos juntas en la bañera, no se me ocurre mejor plan para entrar en calor.

—No te he hecho daño con la primera bola, ¿verdad? —pregunta preocupada mientras busca alguna señal en mi rostro.

—No, tranquila —respondo risueña—. Es que ni siquiera la esperaba —sonríe—. Pero ha sido muy divertido.

—Si —añade tras un suspiro, se deja caer entre mis brazos y termina apoyada en mi pecho.

—¿Te encuentras bien?

—Sí...

—Ya... A ver —me incorporo y la obligo a mirarme—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—¿La verdad?

—Por supuesto.

—Que todo nos vaya tan bien. Quiero decir... Apenas discutimos, no hemos tenido ningún problema, ni ha surgido nada muy malo, ni siquiera nos hemos tenido que tomar un pequeño tiempo entre nosotras —afirma y empiezo a entender lo que quiere decir.

—Hemos sido uña y carne desde que nos conocimos, Lu. Entiendo ese miedo, lo pasamos tan mal con Lorena, tuvimos tantos problemas con ella que el no tenerlos hace que pensemos que esto se puede romper en cualquier momento. ¿No es así?

—Pensaba que era la única que lo sentía...

—No, para nada, tuve ese mismo miedo al principio, mi amor —le aseguro—. Pero me he dado cuenta de la gran relación que hemos formado. De todo lo que hemos trabajado para que haya confianza, seguridad, comunicación y, sobre todo, respeto. Nos hemos enfadado, hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero hemos hablado, nos hemos sentado y lo hemos solucionado. En el pasado no teníamos opción, Lorena no nos dio esa opción.

—Se iba y desaparecía por días —sonríó, era así.

—Pero nosotras no somos ella, y jamás tendremos lo que tuvimos con ella, por suerte —agrega.

—Sí, tienes razón —admite mientras la abrazo y besos sus hombros.

—Pero, oye, que si algún día quieres discutir por cualquier cosa me lo dices, que yo estoy dispuesta a defender mi parte con uñas y dientes si hace falta —ambas reímos por la broma.

—No seas tonta —deja un pequeño pellizco en mi culo que me hace callar antes de besarme—. ¿Cómo le irá? A veces lo pienso. No hemos vuelto a saber de ella desde que acabó vuestra relación.

—Pues no lo sé, y tampoco estoy segura de querer saberlo, la verdad. Con que haya madurado y no vuelva a cometer un error como lo que hizo con nosotras me doy por satisfecha —expongo, encogiéndome de hombros.

—Sí, tienes razón.

—Siempre la tengo —digo con intención.

Me mira y muerde su labio inferior antes de incorporarse y besarme. Sus manos terminan acariciando mis caderas y la parte interior de mis muslos.

—Este segundo baño me está gustando mucho más —susurra cuando mis dedos se cueban en su intimidad.

—¿Qué te parece si te relajas y me dejas a mí? —pregunto al mismo tiempo que introduzco un dedo en su interior. Gime en mi oído y deja caer su cuerpo, provocando que pueda acceder con más facilidad.

No es la primera vez que uno de nuestros baños termina de esta manera, de hecho es más habitual desde aquella primera vez, cuando aún estaba embarazada y lo hicimos justo al salir. Nos gustó tanto que en cada ocasión, teníamos aún menos tiempo de llegar a la habitación y decidimos no movernos de la bañera. Y así, hasta el día de hoy.

Esta vez, cuando tiene el orgasmo, debe contenerse. El cuarto de baño tiene bastante eco y la niña está dormida justo al lado. No queremos que se despierte. Pasan los minutos, salimos de la bañera, pero seguimos besándonos y acariciándonos, dándonos mimos como si nos lo fuesen a prohibir. Al final terminamos en pijama, sentadas frente a la chimenea con un buen chocolate caliente en la mano y con el grandullón encima. Con el paso de los años se ha vuelto aún más mimoso.

—Sabes, pocos días antes de venirnos al monte, tuve en la clínica a la dueña de la protectora de animales con un par de perritos recién nacidos, para chequearlos y comprobar que estuvieran bien.

—Ahá...

—Me parecieron tan monos...

—Y eso significa que...

—Que me gustaría tener un perrito —digo con voz de niña, mirándola con una sonrisa.

—¿En serio? ¿Es que no tienes suficiente con dos gatos y una niña pequeña? —pregunta sorprendida.

—Siempre he querido tener un perro, me encantan Lu, y lo sabes —me defiendo.

—Lo sé —añade no muy convencida.

—Y ahora tenemos un buen jardín. Puede ser un buen compañero de juego para estos dos, y un buen compañero de vida para Sami —agrego.

—Otro más...

Nos miramos y no puedo esconder una sonrisa. Ella cierra los ojos y niega con la cabeza, por mucho que quiera sabe que la voy a terminar convenciendo. No es la primera vez que se lo dejo caer, pero esta vez va totalmente en serio.

—Vale, está bien

—¡Bien! —celebro aplaudiendo lo más flojito posible.

—Pero...

—¿Pero...?

—Las dos lo elegiremos.

—Está bien —admito.

—A ver cómo se lo toman estos dos —dice mirando a Mico mientras lo acaricia.

—Pues espero que lo reciban tan bien como a Sami en su momento.

—Madre mía, dos gatos, una niña, y ahora un perro. Menudo título para una serie

Río por la ocurrencia y me lanzo a abrazarla. Creo que, después de todo, este nuevo integrante nos dará mucha más vida de la que ya tenemos. Además, sé que no se resistirá cuando lo vea. Lucía es amante de los animales, incluso alguna que otra vez ha venido a la clínica para ayudarme a cuidar a un par de clientes. Eso sí, me ha hecho prometer que con este cachorrito cerramos la familia. Al menos la animal.

Capítulo 8

Lucía

Comienza nuestro tercer día en la casa del monte. Por suerte, ha dejado de nevar, y no se ha acumulado demasiada nieve en la puerta. Aunque el frío persiste y no hace más que mantenerla en su lugar, cosa que complica nuestra vuelta, si el tiempo continúa así.

Decido que es buen momento para salir y jugar con la pequeña, unos minutos fuera no nos hará daño, de hecho, nos vendrá de fábula porque empieza a estar un poco cansada de estar encerrada en casa.

Tras el desayuno, y una vez que todo está recogido, nos vestimos y nos ponemos los chaquetones y los guantes. Sami sabe, porque se lo hemos explicado con calma, que no puede salir más allá del porche. Además, hay tanta nieve que ni siquiera se ve el suelo, así que no creo que se atreva.

Cuando todas estamos listas, abro la puerta para salir. El aire helado nos golpea y las tres nos quejamos del frío, pero tenemos ganas de jugar y no vamos a cancelar nuestros planes. Valen y Sami empiezan a coger nieve para hacer un pequeño muñeco y varias bolas para jugar; aunque lo cierto es que la pequeña se entretiene más en coger, analizar la sustancia que tiene en las manos y tirarla lejos. Para ella es algo nuevo y le ha hecho tanta gracia la primera vez que lo repite hasta cansarse.

Escucho unas pequeñas pisadas justo detrás de mí, me doy la vuelta y veo a Mico, poco a poco ha ido entrando y parece que el frío no le ha disgustado del todo. No es hasta que llega hasta Sami cuando realmente juega. Busco a Coco, ella se ha quedado en la puerta, no ha dado un paso fuera de la casa. Me acerco a ella y la acaricio.

—¿No quieres jugar grandullona? —le pregunto.

—¡Miau!

—Ya, es que está muy fría, ¿verdad? —la gata ronronea como respuesta—. ¿Y si te cojo en brazos? —mantengo mis manos justo delante de ella, es el mismo movimiento que utilizo desde que era pequeña cuando quería subir a algún lugar y todavía no tenía fuerza para saltar tanto. Gira su cabeza, como si meditase la decisión de hacerlo o no. Hasta que, de repente, da un pequeño salto y se acomoda en mis brazos. Nos acercamos a mis chicas y nos quedamos justo detrás.

Observo como Mico lame la nieve de sus patas, es gracioso porque cada vez que acaba de hacerlo vuelve a tener más, es un círculo que no terminará. Pero esto nos lleva a Sami, que tras observarlo varios minutos, pretende repetir el mismo movimiento. Coge una bola grande y se la lleva a la boca.

—¡No, Sami! —la voz de Valentina es tan alta que la niña se asusta y tira la nieve al frente, justo donde está ella, estampándole todo el montón en la cara.

Intento aguantarme la risa, ha sido un accidente, pero no puedo. Incluso la niña se ríe a carcajadas.

—¡Mami *tene neve* en la cara! —suelta. En ese momento, me uno a la risa de nuestra hija. Suelto a Coco, que se vuelve dentro de la casa a toda prisa, y me tapo la cara, ya que en cualquier momento una bola puede terminar en mí.

—¿Te hace gracia, preciosa? —cuestiona sonrojada, intentando quitar toda la nieve de su

cara.

—Pues... sí, es evidente. Por suerte esta vez no he sido yo —ríó a carcajadas cuando me mira.

Al final, tal y como suponía, me llevo más de un bolazo en la cara. Hacemos una nueva pelea de nieve, aunque esta vez la pequeña también participa. Ve cómo Valen y yo nos tiramos nieve y ella no quiere ser menos.

Un buen rato más tarde, entramos en casa completamente empapadas, así que directamente vamos al baño. Lleno la bañera de agua caliente y me meto con la pequeña: pocos segundos más tarde, Valen nos acompaña. Una de las cosas que más nos gusta de esta casa en el monte es que la bañera es enorme. Nos quedamos una frente a la otra, con la niña en medio.

—¿Aún tienes frío, Sami? —le pregunto.

—No, agua *caentita* —sonríó al escucharla. Miro a Valen, tiene apoyada la cabeza en la bañera, con los ojos cerrados. Busco su pierna debajo del agua y la acaricio. Sonríe nada más hacerlo.

—¿Estás bien?

—Sí, aunque creo que ya hemos tenido nieve para el resto de la semana —sonríó— yo al menos.

—Sí, pienso que tienes razón. Los días que nos quedan los pasaremos dentro, calentitas, aunque a la peque le venía bien un poco de actividad.

Asiente y nos quedamos en silencio. Solo se escucha a la niña chapoteando y jugando con los muñequitos que ha cogido para acompañarla en el baño.

—¿Recuerdas la pregunta que te hice justo antes de quedarte embarazada? —me mira y lo intenta descubrir—. La de cómo nos veríamos en un futuro.

—Sí, yo te respondí que en nuestra casa, con nuestra familia, disfrutando de nuestra vida —sonríó—. Ya lo tenemos —asiento.

—¿Crees que ahora deberíamos pensar en el futuro? ¿En qué queremos de aquí a... no sé, cinco o diez años?

—Quizás. La vida son etapas que hay que cubrir, y considero que poco a poco las iremos superando. Se trata de avanzar, y pienso que nosotras lo hacemos día a día. ¿Hay algo que quieras cambiar?

—No, bueno, no lo sé —se incorpora y me mira atenta.

—A ver, cuéntame.

—Bueno, tiene que ver con mi trabajo. Ya sabes que lo adoro y que me encanta, pero no me veo tatuando con sesenta años —ambas reímos—. Quizás, podría buscar otra opción, algo que me guste y que pueda incluir en mi vida laboral.

—¿Quieres estudiar?

—No me importaría, aunque nunca se me ha dado demasiado bien —reconozco entornando los ojos.

—Todo es ponerse. Con fuerza de voluntad y pasión se puede conseguir cualquier cosa. Solo tienes que buscar algo que realmente te guste, y ponerte a ello.

—¿Y la niña? Entre nuestros trabajos y el poco tiempo... si me pongo a estudiar será mucho más difícil.

—Bueno, ya lo veremos llegado el momento, Lu —afirma cogiendo mis manos— además, el año que viene ya deberíamos matricularla en la guardería, es bueno para ella, puedes estudiar por las mañanas y trabajar por la tarde. Yo me encargaré de la niña por las

tardés y le pediré ayuda a mis padres cuando trabaje o si tengo alguna urgencia.

—Vale, gracias por ser tan comprensiva —añado tras un suspiro— quiero pensarlo y buscar qué hacer, aún no lo tengo claro.

—Lo que tú quieras —me asegura, apretando mis manos entre las suyas.

Se acerca mucho más, entrelaza sus piernas con las mías, dejando a la niña justo en medio y nos besamos a su espalda.

Termino uniendo su frente con la mía, esto es algo a lo que llevo dándole vueltas mucho tiempo y estoy decidida a dar el paso en algún momento y cambiar, aunque no significa que vaya a dejar mi estudio de tatuajes. Me gustaría compaginarlo mientras pueda. Quizás algo relacionado con el dibujo me ayude a complementar ambas cosas, ya que me encantaría mejorar al respecto. Le daré una vuelta al tema, algo se me ocurrirá.

Capítulo 9

Valentina

Poco después de la hora de comer, mientras comentamos el tema del cambio laboral que Lucía quiere hacer, llaman a la puerta. Son los mismos guardias civiles que vinieron hace unos días. Les hacemos pasar, ya que vienen cargados con varias bolsas y hemos quitado la nieve de la puerta.

—Está siendo un poco complicado apartar toda la nieve, hace bastante frío y está muy condensada —nos explican—. Les hemos traído mantas y comida por si les hace falta. Estamos repartiendo por la zona para que estén lo más cómodos posible.

—Hemos visto que han despejado el porche —comenta el compañero.

—Sí, mi chica se estaba agobiando un poco y necesitaba salir —apunta Lucía—. Así que cogí una de las palas que había ahí detrás y lo hice, además, la pequeña también quería jugar con la nieve.

—Ha hecho bien, varios vecinos de la zona tuvieron la misma idea, así al menos la espera se hace más llevadera.

—¿Creen que las carreteras estarán abiertas pronto para volver a casa? —pregunto un poco angustiada.

—Eso esperamos. Está siendo complicado y se avanza con lentitud, pero haremos lo posible para que sea así, se lo aseguro. De momento, solo podemos llegar hasta aquí con la moto de nieve, ni siquiera las cadenas aguantan tanto nivel, aunque está previsto que el tiempo mejore y será todo más fácil.

—Bien... —dejo escapar un suspiro de alivio.

Pocos minutos más tarde, la pareja de guardias civiles se despide para dirigirse a dos cabañas que hay un par de kilómetros más arriba y asegurarse de que sus ocupantes están bien. Lucía termina de recoger mientras que yo duermo a la niña, estaba muerta de sueño y una siesta no le vendrá nada mal. Al salir, Lu está sentada frente a la chimenea con una tarrina de helado de chocolate, me la pasa mientras me siento a su lado.

—¿Quieres hablar? —inevitadamente sonrío, sabe cómo me siento tras la visita de los guardias civiles.

—No, confío en el trabajo que están haciendo, aunque me ponga nerviosa pensando que no llegaremos a tiempo a la cena con mis padres. Ya sabes cómo soy, no puedo evitarlo —sonrío de nuevo y esta vez, ella también lo hace.

—Lo sé, y me encanta que seas así —me asegura, acercándose a mí para besarme—. Yo también confío, además, están muy pendientes de todos, nos tienen atendidos y eso es bueno.

—Sí...

Mis ojos se detienen en el fuego. Me quedo mirando la chimenea hipnotizada, el olor a madera quemada, el sonido de las llamas crepitando, la calidez y las caricias de Lucía en mi muslo, empiezan a relajarme.

Poco a poco, cierro los ojos y me dejo cuidar. Lo necesito y ella lo sabe, aunque no es lo único que quiero. Cuando llevo su mano hacia el interior de mi muslo, sonrío. Me gira lo suficiente para que pueda caer tumbada en el sofá y se coloca entre mis piernas. Estoy

tapada con una manta, así que se escabulle bajo ella y asoma su cabeza justo en mis caderas. Sonríe al verla salir y suspiro cuando humedece sus labios.

Desaparece entre los pliegues de la manta y se acomoda antes de bajar mi ropa interior muy despacio. Pocos segundos más tarde, siento sus labios y su lengua recorriendo cada centímetro de mi sexo, haciéndome temblar y gemir de placer. Rodea mis caderas con las manos y me acerca mucho más e inevitablemente arquea la espalda.

—Dios, Lucía... me estás torturando —me quejo por la lentitud con la que lo hace.

Siento que todo en mi interior se va a romper, cómo ese orgasmo está a punto de llegar. Hasta que oigo su voz.

—¿Mamá? —abro los ojos de golpe y cierro las piernas. Noto la cara de Lucía atrapada entre mis muslos. Se queja y me incorporo ligeramente para ver cómo está y si le he hecho daño. Un segundo me basta para ver que no es así, y otro para girarme y ver a nuestra hija justo al lado.

—¿Qué haces ahí, Sami? —pregunto mientras trato de ponerme las bragas todo lo rápido que puedo por debajo de la manta y siento que me sonrojo—. ¿Cómo has salido de la cuna? —se encoge de hombros, Lucía sale al mismo tiempo que termina de limpiarse los labios con la mano.

—¿Qué hace mami? ¿Cosquillas? —cuestiona la pequeña, mirando a Lucía.

—Nada, mami estaba... dormida en las piernas de mamá.

—Pero tú *etabas* gritando —abro los ojos al escucharla y el rojo que se había instalado en mis mejillas se vuelca en toda mi cara. No sé qué decir. Lo único que me cuestiono es si de verdad he gritado tanto.

—Mamá no estaba gritando, cariño —dice entonces Lucía, acercándose a ella—. Es solo que le dejaba besos en las piernas y le hacían cosquillas, como a ti cuando mami te da muchos besos en la barriguita.

—Mami *hase* cosquillas —responde contenta.

—Pues a mamá también le hace cosquillas cuando le doy besitos —aporta con una envidiable tranquilidad.

Por suerte la niña se conforma con esa sencilla explicación, pero yo no. Sigo pasmada en la misma posición, sin poder moverme. Jamás imaginé que me pasaría algo similar. Lucía se la lleva de nuevo a la cuna y vuelve unos pocos minutos más tarde, al parecer ha vuelto a dormirse.

—Valen —pestañeo y me encuentro a Lucía justo a mi lado— te estaba diciendo que ya está dormida otra vez. Al tener la cama justo al lado se ha apoyado y se ha dejado caer en el colchón.

—Vale.

—¿Estás bien?

—Casi me da algo cuando he escuchado su voz —y entonces recuerdo que ella estaba entre mis piernas— dios, ¿tú estás bien? He debido darte un buen golpe.

—No, tranquila, subí la cabeza al escucharla y me atrapaste con los muslos. Tengo que admitir que casi me río al pensar cómo se vería desde fuera.

—¿Tanto he gritado?

—Bueno —sonríe—eres un poquito escandalosa cuando estás a punto de tener un orgasmo.

—Joder...

—No, ni siquiera te arrepientas. No pasa nada, ¿de acuerdo? No seremos las primeras

madres a las que les ocurre esto. Y sabes que me encanta oírte gemir, me excita un montón —agrega con un guiño de ojo.

—Menos mal que es pequeña, y que tú te has inventado una buena excusa con rapidez, porque yo no sabía qué decirle cuando ha mencionado los gritos.

Terminamos riendo por la situación. Al fin y al cabo, la niña se ha quedado satisfecha y vuelve a dormir como un tronco.

—Bueno... —susurra Lucía llamando mi atención—. ¿Me vas a dejar terminar?

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Por supuesto, yo siempre termino lo que empiezo.

Esta vez permanezco sentada, se levanta y se arrodilla frente a mí. Coge la manta y se la echa por encima.

—Por si acaso le da por aparecer de nuevo —reímos y se acomoda entre mis piernas—. Me parece que cierta persona sigue bastante húmeda por aquí abajo —bromea mientras desliza un dedo entre mis labios.

Y sí, termina lo que había dejado a medias unos minutos antes, quedando esta vez totalmente satisfecha. Aunque, eso sí, con mucha dificultad, he evitado gemir una sola vez, no me perdonaría repetir la misma escena en una misma tarde. Ni esta tarde ni nunca más. Sabiendo que Sami es capaz de salir de la cuna, tendré mucho más cuidado.

Capítulo 10

Lucía

No paramos de jugar en la nieve durante nuestro cuarto día en el monte. A la pequeña le gustó tanto la experiencia que quería repetir y nosotras no hemos sabido decirle que no. De hecho, casi se nos escapa sin vestir de lo emocionada que estaba. Esta vez, el juego es más tranquilo, ya que nuestro objetivo era hacer un muñeco de nieve que decorase el porche — sí, ese que no hicimos ayer—, y un buen rato después lo hemos conseguido.

Nos damos un baño y nos sentamos a comer, la verdad es que este rato de juegos fuera de la casa nos sube el ánimo a todas. Es cierto que nos gustaría ir a dar un paseo por la zona, pero hay demasiada nieve y es casi imposible, quizá hasta fuese peligroso para la pequeña, así que nos conformamos con jugar en el porche.

—No, yo *quero* sentarme con mami —la niña se niega a sentarse en su trona cuando Valentina la levanta.

—Las niñas mayores se sientan en su sillita y comen solas —apuntó con media sonrisa, mirándola.

—¡No! ¡Con mami!

No sabemos qué es lo que le pasa hoy, que no quiere separarse de mí en ningún momento. Decido creer que es una pequeña rabieta y que está bastante tontina, así que le doy el gusto.

—Pero solo hoy —le advierto—. Mañana cada una en su silla, como las niñas mayores, ¿de acuerdo?

—*Chi*, mami —se apresura a responder, poniendo carita de buena.

—¿Consideras que está así por lo de ayer? —le hemos puesto unos dibujos a la niña y está tan entretenida comiendo y mirándolos que Valen aprovecha para hablar de lo ocurrido, aunque bajando la voz.

—¿Por la pillada? ¡No creo! Seguramente ni siquiera se acordará. Tiene un día malo, sin más —contesto sin dudar.

Suelto mi tenedor sobre el plato mientras seguimos hablando del tema, Valen continúa preocupada, pero sigo insistiendo en que es un hecho aislado sin más y que jamás lo recordará. Voy a coger de nuevo mi cubierto y no lo encuentro. Lo busco y oigo la risa de Valentina.

—¿Qué?

—Alguien se ha hecho mayor de repente —está mirando a la niña. Minutos antes estaba comiendo con las manos, pero ahora, está utilizando el tenedor para coger los trocitos de pollo.

—Inmortaliza esto, ¡corre! —le pido sin moverme, es la primera vez que lo hace sola, sin ninguna ayuda, y quiero que quede constancia.

En cuanto ve a Valentina apuntándola con el teléfono, Sami sonrío, le saca la lengua y repite el movimiento.

—¡Mira mami, yo solita! —pincha la comida y se la lleva a la boca, se ríe por lo que acaba de hacer y sin poder evitarlo la estrecho entre mis brazos.

—Muy bien, mi amor. ¡Ves cómo eres una niña mayor! Ya comes solita.

—¡Chiiii!

En momentos como este me doy cuenta de lo rápido que pasa el tiempo. Me percató de que Sami ya no es un bebé, es una niña de dos años que está empezando a comer ella sola. Mientras lo celebramos, llegan a mi mente recuerdos de estos dos años, sus primeras veces.

La primera vez que dio un paso, la primera vez que dijo mamá y mami, la primera vez que dijo el nombre de Mico y Coco... Vuelvo a la realidad cuando sus manos cogen mi cara para que la mire, creo que he estado más tiempo en mis pensamientos de lo que imaginaba.

—¿Pedo jugar?

—Mientras mamá y yo recogemos la cocina, después toca ir a dormir un poco, ¿vale?

—¡Vale! —se baja de mis piernas y se va con Mico y Coco.

—¿Estás bien? Te has perdido por unos segundos —Valentina acerca su silla y se sienta mucho más cerca de mí. Su cálida mano acaricia mis muslos, quizá preocupada, quizá intentando entender qué me ocurre.

—Sí, es solo que acabo de ser consciente de lo rápido que está creciendo nuestra hija —miro a Sami con una sonrisa—. Hace seis años ni siquiera me planteaba un futuro. Prácticamente, vivía por y para mi trabajo. Y de repente, llegaste tú y todo cambió. No veía mi vida sin ti, sin tu compañía, sin tus abrazos ni tus besos. Y ahora no veo un futuro sin vosotras dos.

—Me parece a mí que no es Sami la que está tontina hoy —dice sonriente—. Eres tú, y ella lo ha notado a tal nivel que no quiere separarse de ti.

—¿Tú crees?

—Oh, sí, lo confirmo ahora mismo —se levanta y se sienta en mis piernas—. Hacía mucho tiempo que no pasábamos tantas horas juntas. Llevamos cuatro días sin separarnos y eso te está haciendo recordar todas esas primeras veces.

—Melancólica total —apunto con una sonrisa.

—Básicamente —suspiro y me abrazo a ella.

—Tienes razón, quizá estoy más sensible de lo normal —admito.

—¿Sabes? Una buena sesión de mimos siempre viene genial en estos casos.

—Me encantaría —confieso con un susurro.

—Duerme a la niña mientras yo recojo esto, luego nos tumbamos un ratito en el cuarto. Lo haría yo, pero supongo que no se dejará —me disculpo y sonreímos por el comentario. Valentina me besa y se levanta. Yo me acerco a la niña y, en cuanto le tiendo los brazos, se agarra a mí para que la coja en cuello. Me abraza con fuerza nada más hacerlo, gesto que le correspondo al instante.

Entramos en su cuarto, pero no se deja tumbar en la cuna.

—Aquí —insiste, señalando la cama.

—¿Quieres dormir en la cama?

—Ya soy mayor —nos miramos y sonreímos.

—Bien. Pero antes, la moveremos un poco hacia la pared.

Quiero evitar que, durante el sueño, se gire y pueda caerse. Al otro lado pongo la cuna con sus respectivos seguros, así estará cubierta por ambos lados.

Me tumbo con ella un rato y nos abrazamos. Los momentos como este se quedan grabados en mi mente para siempre.

—Te quiero mucho, Sami —susurro antes de darle un beso.

—Yo *tamben* te *quero*, mami —responde antes de acurrucarse.

La habitación se queda en silencio, noto como alguien sube a la cama de un salto y se

tumba a los pies, seguramente sea Coco.

Inevitablemente, ese bienestar me relaja y yo también me quedo dormida, aunque me despierto al sentir algo en la espalda.

—Shh, tranquila, soy yo —Valen se abraza a mi espalda y deja un beso en mi cuello—
¿Te importa si os acompaño?

—Para nada, mi amor —me giro lo suficiente para tener a la pequeña dormida en uno de mis brazos y que Valentina pueda abrazarse a mí—. Perdona, me quedé dormida.

—Esto es incluso mejor que una sesión de mimos —reímos bajito para no despertar a la niña y volvemos a abrazarnos.

Y en ese instante, sé que lo tengo todo, que no necesito nada más en mi vida. Que ellas complementan todo mi ser y que pase lo que pase, las tendré siempre, porque son el amor de mi vida.

Capítulo 11

Valentina

Son algo más de las once cuando la pequeña se queda dormida. Después de la siesta que las tres hemos echado por la tarde, ha sido casi imposible acostarla temprano. Hemos aprovechado para ver una película y casi llegando al final, la niña se ha quedado dormida, acurrucada en mi pecho.

Decidimos ver *Del Revés*, es nuestra película Disney favorita y es la primera vez que la vemos las tres en familia. Sami ha observado cada emoción con los ojos bien abiertos hasta que el sueño la ha vencido. Estoy segura de que no ha entendido demasiado, pero se ha divertido y eso es lo más importante.

Al volver, la película está parada:

—¿Por qué no la estás viendo? Solo quedan unos minutos.

—No la voy a terminar de ver sin ti —explica.

—Oh, qué bonita eres —la beso y me siento a su lado, encajando nuestros cuerpos hasta estar cómodas.

—¿Se quedó en la cuna?

—No, dice que es una niña mayor y quiere dormir en la cama —le explico y sonreímos —. Creo que tendremos que organizarle su habitación al volver a casa.

—Sí, es bueno, así se acostumbra desde pequeña.

—Sí...

Quedan poco más de cinco minutos, así que le damos al Play y la disfrutamos hasta el final. Cada vez que la vemos, encontramos nuevos matices y nos gusta más; estoy segura de que jamás dejará de emocionarnos. Además, tenemos entendido que pronto habrá una segunda película, estaremos muy pendientes para no perdérsela.

Apagamos todo y nos vamos a la habitación, la verdad es que no estamos demasiado cansadas, pero tampoco nos apetece quedarnos en el sofá.

Nos tumbamos en la cama, en completo silencio. Disfrutamos de nuestra compañía y de nuestras caricias. No necesitamos más en este preciso instante. Es perfecto, estar acurrucada en sus brazos, dejando suaves caricias en su muslo cuando sonrío.

—¿Ocurre algo? —pregunto, pero niega rápidamente con una nueva sonrisa.

—Recordé la primera vez que salimos juntas. Cuando me pusiste la condición de enseñarte el tatuaje. ¿Lo recuerdas?

—Sí —suspiro melancólica— lo recuerdo. Creo que no lo olvidaré jamás. No sabes lo nerviosa que estaba, casi me da algo al plantearlo —admito.

—Me di cuenta —confiesa entornando los ojos— jamás te has trabado al hablar conmigo, y en ese momento lo hiciste.

Reímos recordando ese momento, fue el comienzo de todo. Una relación increíble.

—Oye, había pensado que, quizás... No sé, se me acaba de ocurrir, pero... ¿Te apetece salir esta noche y dar una vuelta? Podemos tomar algo, y así nos da el aire.

—Estaría encantada. Me parece una gran idea. No quiero meterme en casa y pensar de nuevo en lo mismo.

—¡Estupendo! ¿Qué te parece a las nueve? Así me da tiempo a ducharme y arreglarme un poco. Me he pasado la mañana trabajando y estoy horrible.

—¡Pero qué dices! Estás estupenda.

—Oh, sí, claro.

—¡Vale, de acuerdo! Estás horriblemente guapa, si es lo que querías oír.

—En cuanto te fuiste, me tuve que dar una buena ducha de agua fría —confiesa, sonrojándose—. Sabía que no podía dar un paso más, pero me lo ponías muy difícil con tus piropos.

—Me dejé llevar, lo siento. Mi corazón hablaba antes de poder pensar.

—Cuando te marchaste esa noche —suspira—me quedé mal... Estuve a punto de ir detrás de ti.

—Me habrías encontrado llorando en el coche —es la primera vez que comentamos esto, no lo habíamos hablado por el dolor que suponía—. Descargué todo mi dolor contra el volante. Y sé que no hace falta aclararlo, pero me fui porque no quería ser como Lorena. De algún modo seguíamos juntas, y aunque sabía que todo acabaría, no quería...

—Lo sé, lo sé —dice abrazándome aún más fuerte.

—Si no llego a irme, tú y yo habríamos acabado esa noche juntas, en tu cama, de eso estoy segura. Y, sí, lo deseaba con todas mis ganas, pero no era el momento.

—No, no lo era —repite bajando la voz.

Nos quedamos varios minutos en silencio, únicamente se oyen nuestras respiraciones, completamente acompasadas. Alzo mi cabeza y ella me mira.

—¿Y si te doy ese beso? —sonríe al escucharme—. No puedes llegar a imaginar cómo me sentí al tenerte cerca por primera vez.

Empiezo a incorporarme y me siento en sus caderas al mismo tiempo que hablo.

—Recuerdo perfectamente el calor que recorría mi cuerpo, tu olor, ese pequeño escalofrío que te recorrió cuando te acaricié el muslo.

—Me tenías loca —confiesa, acariciando mis piernas—. Igual que ahora —sonríe y me tumbo sobre ella, apoyando los brazos a cada lado de su cabeza.

La beso, lo hago sin esperar ni un segundo más. Sus labios y los míos se encuentran como habrían querido hacerlo aquella noche. Con lentitud, con calma, disfrutando de cada segundo. Me separo y la miro un instante.

—Espera —me incorporo rápidamente, cierro la puerta y vuelvo a la cama. Veo su expresión, ha arrugado la frente—. Jamás volveremos a hacerlo con la puerta abierta, sabiendo que se puede despertar y venir en cualquier momento —le explico, encogiéndome de hombros.

Ríe al escucharme mientras me siento sobre ella.

—Sabes que crecerá y muy pronto aprenderá a abrir la puerta, ¿verdad?

—¿Y tú sabes que compraré un pestillo para la puerta de nuestra habitación en cuanto volvamos a casa? —pregunto de vuelta sobre sus labios, riendo y besándonos antes de proseguir.

Su cuerpo y el mío vuelven a encontrarse sin ese pequeño temor a ser descubiertas. Entre risas, caricias, juegos y besos. Todos esos besos que un día quisimos darnos y no pudimos. Dos almas que volvían a encontrarse como si hiciese años que no lo hacen. Dos manos que se volvieron a entrelazar, incapaz de soltarse, incapaz de dejarse ir.

Termino la noche apoyada en su pecho, escuchando su pausada respiración. Soy incapaz de dormir. Lo único en lo que puedo pensar es en la suerte que he tenido al encontrarla. Y

en que sí, volvería a pasar por todo ese sufrimiento si al final del camino está ella. Lucía es mi persona, mi compañera, mi mejor amiga, toda mi vida. La mujer que está a mi lado en mis mejores y peores momentos, la persona con la que compartiré el resto de mi vida.

Capítulo 12

Lucía

Recojo la mesa de la comida al tiempo que Valentina duerme a la niña. La tiene en brazos y la acuna mientras camina por el salón con pequeños pasos. Hoy, la pequeña se ha caído mientras jugaba con los gatos y está bastante mimosa desde entonces. Incluso ha pedido su chupete, ese que ya casi ni utiliza, solo en momentos como este.

Las observo y río en silencio cuando le pone el chupete a Valen antes de quedarse dormida. Es un gesto que hace desde que era muy pequeña. Se lo pone, se calma y cuando está a punto de dormir, nos lo devuelve. Y sí, siempre nos lo pone. Nosotras lo interpretamos como un: *“gracias por quererme y cuidarme como lo hacéis. Os confío mi bien máspreciado”*.

Valen entra en la habitación y segundos después sale con una sonrisa.

—Se ha quedado como un tronquito —susurra al llegar a mi altura.

—¿Te apetece? —saco un donut de chocolate, sonrío y se humedece los labios. Lo alzo en su dirección y le da un buen bocado.

—¡Hum! Qué rico.

Alzo las cejas y asiento lentamente con la cabeza, está delicioso. Nos sentamos en el sofá mientras terminamos de disfrutarlo.

—¿Recuerdas la primera vez que disfrutamos de este manjar juntas?

—¿Cómo no voy a acordarme? Justo después me comiste a mi —suelto antes de darle otro bocado.

Casi se atraganta de la propia risa, pero sé que ese día es difícil de olvidar para cualquiera de las dos.

—Sí, tienes razón. Estabas riquísima —bromea.

—¿Estaba? —pregunto haciéndome la indignada.

—Y estás.

—¡Ah! Ya decía yo —recibo un codazo, como es normal, y ambas reímos.

Miramos el fuego y, como si hubiese sido ayer, rememoramos aquella primera vez juntas.

—Túmbate bocarriba —recuerdo la orden que le di como si hubiese ocurrido esta misma mañana. Noté como sus mejillas se volvieron de un precioso color carmesí mientras hacía lo que acababa de pedir.

—¿Quieres que me quite los pantalones o lo vas a hacer tú?

—De momento, la única que necesita estar sin ropa soy yo, al menos la parte de abajo.

En ese momento, sus ojos se abrieron como platos. Soltó un suspiro y me observó muy atenta desde la distancia.

—Lo vas a ver muy de cerca ahora mismo, no te preocupes.

Joder, en ese momento sentí que todo dentro de mí iba a explotar. Más aún cuando me senté sobre su propia cara y pude darme todo el placer que ambas buscábamos.

Las dos suspiramos casi al unísono al recordarlo.

—Fue increíble.

—Sí, lo fue... —susurra. La miro y está sonrojada, sé muy bien lo que significa. Río, me

mira y sabe lo que estoy pensando.

—¿Te has quedado con hambre, rubia? —pregunto con una pícara sonrisa.

—Quizás —suelta mientras se incorpora y se sienta sobre mí—. ¿Y tú?

—Yo siempre tendré hambre de ti —siseo junto a su oído.

Se levanta, imagino que lo primero que hará es arrodillarse, pero tira de mí para que me ponga de pie y la siga.

—¿A dónde vamos?

—A la habitación —responde, señalando con la barbilla.

—Prefería el sofá.

Me mira intencionadamente. Está claro que no volveremos a hacerlo fuera de la habitación, al menos aquí en el monte y mucho menos cuando esté la niña.

—Vale, vale, me conformo —suelto graciosa.

Nada más entrar, me empuja lo suficiente para acabar tumbada en la cama. Cierra la puerta y en menos de un minuto me ha desnudado de cintura para abajo.

—Vaya, veo que tienes prisa.

—No sabes cuánta —admite con un suspiro.

Abro los ojos de par en par al sentir su lengua recorrer mi sexo con lentitud. Separo más aún las piernas y le doy total libertad para jugar a su antojo. Durante varios minutos, siento que voy a terminar en un par de ocasiones, pero justo en ese momento, ella se aparta. Empieza a conocerme muy bien.

—Si vuelves a hacerlo una tercera vez... —protesto.

—¿Es una amenaza? —me corta burlona entre caricia y caricia—. Siempre dices que quieres alargar más el placer, solo cumplo órdenes.

—Joder...

Coloca mis piernas sobre sus hombros y se incorpora lo suficiente sin dejar de acariciarme para verme al mismo tiempo, sabe lo que está haciendo, sabe que estoy a punto y quiere verlo en primer plano. Aprovecho para alzar una de mis manos y apretar su cabeza sobre mi sexo, necesito que lo haga, ya, que no vuelva a detenerse y ese gesto se lo deja muy claro.

En ese momento, su lengua alcanza la rapidez necesaria para hacerme estallar. Mi cuerpo se tensa y agarro con fuerza las sábanas para aguantar el gemido. En este punto habría gritado y no queríamos de nuevo una espectadora.

Mantengo los ojos cerrados. Siento como mis piernas bajan y tocan las sábanas, al mismo tiempo que su cuerpo se coloca sobre el mío y se mueve. Sin mirarla, mis manos buscan su centro y la ayudan a conseguir su objetivo en pocos minutos. Ella también aguanta el gemido, lo sé cuando se tumba sobre mí y suspira escondida en mi cuello.

—Joder... —sonrío al escucharla.

—Ha sido bestial.

La tranquilidad termina a los pocos segundos, la niña empieza a llorar y soy la primera que se levanta. Me pongo las bragas, la camiseta y voy a buscarla. Por lo nerviosa que está ha debido tener una pesadilla, así que la abrazo y vuelvo con ella a la habitación. Cuando entramos, las sábanas están echadas y Valentina está ya vestida.

—¿Estás bien, mi niña? —le pregunta cuando estira los brazos hacia ella.

—*Monstuo* malo —trata de explicar la pequeña.

—¿Has tenido una pesadilla?

—Zi. El *monstuo* me *perceguía*.

—Tranquila, mi amor, es solo un sueño. No hay monstruos aquí, ¿vale?

Poco a poco, la niña se calma. Tenemos un ratito de juegos tranquilos en la cama junto a Mico y Coco. Ambos la miraban atentos cuando entré en la habitación. En estos casos no saben qué hacer y únicamente la observan. Aunque poco a poco, Coco se acerca a ella para intentar calmarla. En algún momento estoy segura de que lo conseguirá, ya que de pequeña, cuando lloraba, se tumbaba junto a ella y con el ronroneo, la pequeña se calmaba. Supongo que todo es cuestión de tiempo.

—¿Qué te parece si llamamos a los yayos antes de volver a dormir? Hace mucho tiempo que no te ven, y quizás podamos convencerles de que vengan en Año Nuevo —esto lo digo mirando a Valentina, hace meses que mis padres no vienen y les echo de menos.

—Puede ser una buena idea, podemos hacer cena en casa el día de Año Nuevo —propone.

—Me encantaría.

—¡Sí, yayos, yayos! —grita Sami mientras se baja de la cama.

Los ve poco, pero les tiene un gran cariño. Se nota incluso a través de la pantalla. Hablamos mucho más a diario desde que nació la niña, se instalaron en las islas Canarias y quieren seguir allí. Se han adaptado muy bien a su nueva vida. Pero por suerte, les encanta viajar, así que cada pocos meses se quedan durante unos días para disfrutar de la enana. Y creo que ha llegado el momento de que vuelvan a hacerlo.

Capítulo 13

Valentina

Nos levantamos justo detrás de la niña. En cuanto mencionamos a los yayos, lo primero que hace es ir a buscar el ordenador. Sabe de sobra que lo utilizamos para llamarles y poder verlos. Mientras Lu prepara la llamada, aprovecho para cambiar las sábanas y meter estas en la lavadora, además de ponerme algo más de ropa. No quiero que mis suegros me vean en bragas.

En cuanto escucho los tonos, me dirijo a la cocina y echo dos vasos de agua. Estoy muerta de sed y sé que Lucía también querrá. Nada más darle el vaso sonrío.

—No sé, querido, no sé si lo estoy haciendo bien —escuchamos ambas. Lucía y Óscar, no son muy amigos de las tecnologías. Aunque se llevaron un curso intensivo la primera vez que vinieron para conocer a la pequeña, ya que querían verla en las llamadas.

—¿Mamá?

—¡Ay, hija, no te veo! —se queja preocupada, ambas reímos.

—Active la cámara, Lucía, el segundo botón de abajo, recuerde —le explico.

—A ver... ¡Ay, qué complicado es todo esto de las tecnologías modernas! —segundos después, aparecen en la pantalla—. ¡Al fin! Gracias, Valentina, querida. ¡Qué difícil es esto!

—Con el tiempo se acostumbrarán, ya lo verá —sonríe.

—Hola, mami —la voz de Lucía al ver a su madre se entenece.

Aunque no quiere admitirlo, los echa muchísimo de menos. Su hija les hace falta y tenerlos tan lejos y verlos tan pocas veces al año la pone triste. Siempre dice que se guarda esos pensamientos para ella porque no quiere que ellos vuelvan. Son felices en las islas, deseaban esa vida hace años, y no pretende ser ella quien cambie la situación.

—Hola, cariño. Dame un segundo, no sé a dónde ha ido tu padre. ¡Óscar, querido, ya tenemos a las niñas en el teléfono! —al segundo lo escuchamos a él—. Voy —nos miramos y volvemos a sonreír—. ¿Cómo van vuestras vacaciones? —pregunta.

—Frías, muy frías —le explica Lucía—. Está todo bastante nevado y ni siquiera hemos podido salir de la casa y pasear por la zona.

—¡Vaya! Qué faena.

—Pero estamos disfrutando del tiempo en familia, que, en el fondo, es lo que queríamos y necesitábamos —apunto—. Así que creo que no nos podemos quejar.

—Claro que no, eso es lo más importante —nos asegura ella asintiendo varias veces con la cabeza, como si quisiera darle énfasis.

Óscar aparece en pantalla segundos más tarde, nos saluda y nos cuentan que han decidido hacer un pequeño viaje estas Navidades, aunque no nos especifican, ya que todavía no tienen el destino planeado.

—Vaya, y yo que pensaba plantearos una cena de Año Nuevo en casa —anuncia Lucía apenada— tengo ganas de veros, y la peque aún más.

En ese momento ambas nos miramos. Sami, ¿dónde está?

—¿Dónde está, por cierto? —pregunta Óscar.

—Esa... esa es una buena pregunta papá —suelta Lucía nerviosa— estaba aquí hasta hace unos segundos, con nosotras.

Ella corre a la habitación y yo al baño, pero, al salir, la encuentro justo al lado de la cocina. No puedo más que reír.

—¿De qué te...? —Lucía no termina de hacer la pregunta cuando la ve—. Madre mía.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien? —la voz de Lucía madre es nerviosa, pero no sabe que no tiene nada que temer.

Lucía corre a por el ordenador al mismo tiempo que yo me acerco a Sami.

—Sami, cariño, ¿qué has hecho? —está bañada en chocolate, literalmente. Abre su mano y me enseña migajas del interior de un donut. Parece que ha encontrado nuestro escondite.

—¡Ay, ay, ay! —todos nos reímos mientras la miramos. Se ha sentado y ahora, tanto Mico como Coco, lamen sus brazos.

—No se puede decir que no es hija nuestra —suelta Lucía, provocando que las risas sean aún mayores.

Aprovecho para hacerle una foto y mandársela a mis padres. El mensaje que acompaña la fotografía es: «Primera gran trastada de vuestra nieta. Tenía hambre al parecer».

Intentamos quitarle todo el chocolate y limpiarla, pero está tan pegajosa que finalmente decidimos meterla en el baño. Lucía y Óscar la observan a través de la pantalla, sonrientes. Y, aunque parezca difícil, terminan jugando con ella. Hacen bromas, alguna que otra mueca graciosa para hacerla reír y la entretienen durante el baño.

En ocasiones como esta, yo me quedo un poco más atrás, observando la escena. La dulzura, la pasión y el amor que caracterizan a Lucía le vienen de sus padres, prácticamente emplean las mismas palabras e incluso gestos. Ella siempre dice que fue una niña muy feliz, tanto Lucía madre como Óscar la apoyaron en todo, incluso cuando decidió dejar de estudiar para ponerse a trabajar. No se le daba bien y prefería aprovechar el tiempo trabajando y creando su vida.

Años después de independizarse, sus padres comenzaron una nueva vida. Se marcharon del pueblo y empezaron a disfrutar de esta nueva etapa. Se compraron una casita en Canarias y ahora disfrutan de cada día. Viajan muchísimo, hacen miles de actividades y se marcan objetivos que poco a poco van cumpliendo. Ojalá Lucía y yo podamos tener algo similar a ellos cuando lleguemos a su edad.

Cuando Lucía se marcha a la habitación para terminar de vestir a la pequeña, ambos me llaman. Cojo el ordenador y los escucho con atención. Cada palabra que sale de sus bocas hace que mi sonrisa se ensanche más y más.

—¿Nos guardas el secreto? —pregunta con cautela.

—Soy una tumba —le aseguro sonriente.

Al final, la llamada se alarga casi hasta la cena. Ciertamente es que nos vemos poco, pero cuando hablamos, enlazamos un tema con otro y no podemos parar de charlar.

De hecho, he terminado apuntando una receta que el propio Óscar me ha aconsejado para estos días tan fríos de invierno. Es un cocinillas y mucho de lo que sé es gracias a él, que cada vez que viene me enseña todo lo que puede.

He tenido suerte, y no solo con Lucía.

Capítulo 14

Lucía

Despierto al sentir unas caricias en mi muslo. La luz de la mañana ya se cuela a través de las ventanas y, de nuevo, como cada día, Valentina hace que despertar a su lado sea mi momento favorito.

Sonrío al sentir su cuerpo desnudo abrazándose al mío. La noche no terminó nada mal. Me doy la vuelta y la abrazo de nuevo. Quedo apoyada en su pecho, y aprovecho para besarla y acariciarlo a mi antojo. Su piel se eriza a mi paso y un suspiro nace de su garganta cuando la miro.

—Buenos días, preciosa —saludo antes de besarla.

—Buenos días, amor.

Giro nuestros cuerpos lo suficiente como para acabar sobre ella. La beso con calma e inicio un recorrido por su cuello, pecho y torso. Al besar su tripa, un flashback vuelve a mi mente haciendo que me detenga unos segundos. Aquel fue un momento precioso.

—¿Llevas mucho despierta?

—Unos minutos, últimamente me despierto un poco revuelta por la mañana.

—Algo me dice que dentro de muy poco dormiremos mucho menos.

Se tumba bocarriba, sonriendo y tocando esa pequeña barriguita que día a día va creciendo para regalarnos una nueva vida, una nueva ilusión, mucha más felicidad.

—Lu... ¡Lu! —coge mi cara y me obliga a mirarla. Pestañeo hasta que consigo enfocar—. Amor, ¿estás bien? —sonrío.

—Sí, perdona, recordaba una de tantas mañanas, cuando estabas embarazada —le explico.

—Cada mañana, desde que lo supimos, nos despertábamos entre caricias, besos, canciones y alguna que otra charla con la enana —reímos recordándolo.

—Oye, bichito. Ya nos han dicho que dormiremos poco en cuanto llegues, ¿y si nos das un respiro mientras tanto y dejas a mamá descansar.

—Me gustaría vivir eso... —suelto antes de poder pensarlo.

El silencio nos invade de repente. Sí, las palabras han salido de mi boca tan rápidas que ninguna de las dos las esperábamos.

—¿Qué has dicho? —la mirada de Valentina brilla, sus ojos están muy abiertos.

—Que me gustaría sentirlo, quiero... quiero tener otro hijo contigo Valen.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —una lágrima corre por mi mejilla, ni siquiera sé por qué estoy llorando.

—Te lo estoy diciendo muy en serio, Valen —se incorpora rápidamente, quedo sentada sobre ella pero ahora estamos mucho más cerca la una de la otra— Sami es una bendición, y creo que sería una gran hermana mayor —añado.

—Una mini tú —susurra sonriente—. Quiero una mini tú —insiste.

Reímos y nos abrazamos con fuerza.

—¿Acabamos de...?

—Sí —respondo en su hombro.

—No me lo puedo creer —exclama antes de apretar mi cuerpo con fuerza.

Nos separamos en cuanto escuchamos varias patitas corriendo en nuestra dirección. Miramos hacia la puerta y en pocos segundos, tanto Mico como Coco están en nuestros brazos, y la pequeña Sami llega justo detrás. Alza sus brazos y tiro de ella para subirla a la cama.

—Buenos días, pequeña —la lleno de besos hasta que comienza a reír, le encantan los mimos a cualquier hora.

La tumbo y me quedo sobre ella haciéndole cosquillas, cuando ríe a carcajadas me detengo. Es una risa contagiosa, de esas que se te pegan sin poder evitarlo, podríamos tirarnos así toda la mañana. Pero me encanta mirarla recién levantada, su sonrisa, su inocente mirada, la melena rubia totalmente despeinada. Ojalá fuese así siempre.

—Benos día, mami.

—Oye, yo también quiero besitos —suelta Valentina.

Miro a Sami y, leyéndonos la mente, nos lanzamos sobre la rubia para llenarla de besos y cosquillas. Lo hemos hecho tan rápido que los gatos se han tirado de la cama, asustados, aunque han tardado poco en subir de nuevo.

Terminamos entre risas y abrazos sobre Valen, hasta que escuchamos un sonido que proviene de fuera. Soy la primera que se levanta para mirar por la ventana y descubrir una máquina quitanieves, así como varios operarios. Lleva un par de días sin nevar y tal y como nos anunciaron, están trabajando para que podamos irnos el día previsto.

Nos ponemos el pijama rápidamente y vamos a la puerta, abrimos brevemente para verlos trabajar y descubro una nota pegada a la misma.

*A partir de mañana podrán
salir y volver a casa cuando
tengan estimado. Las carreteras ya
están despejadas. Deseamos
que hayan tenido una buena
estancia.
Un saludo.*

Valentina suspira cuando la lee, me abraza y me besa.

—Siento si he estado muy pesada con esto —se disculpa.

—No seas boba, no pasa nada. De hecho, puedo apostar que en los últimos dos días ni siquiera te has acordado —se sonroja al instante al escuchar mis palabras.

—Lo haces fácil, Lu.

Volvemos a la habitación, es hora de desayunar y vamos a anunciárselo a Sami, pero nos quedamos en la puerta cuando la vemos tumbada en la cama. Coco está colocada sobre la almohada, observándolos, y Mico está apoyada sobre Sami. El grandullón mueve su cola y la tiene entretenida intentando pillarla entre sus pequeñas manitas.

—¿Recuerdas la primera vez que la vieron? —me pregunta Valen. La miro y asiento.

Dos días después de dar a luz, regresamos a casa para pasar la primera noche con la pequeña. Se había quedado dormida por el camino y hasta dentro de un par de horas no le tocaba comer, así que la pusimos en su cuna.

Durante esos días, cuando Lucía venía para ver a los gatos, traía ropa de Sami para que se acostumbraran al olor. Algo que teníamos pensado desde el principio y que todos nos recomendaron.

Ambos nos observaron y siguieron con atención cada uno de nuestros movimientos. Mico consiguió entrar en la cuna sin esfuerzo, Coco, en cambio, se quedó esperando a que la ayudásemos o seguramente a que le diésemos permiso para hacerlo. No es que no pudiera, es que es menos traviesa que Mico y creemos que entendía que debía ir poco a poco.

En pocos minutos, se acercaron a la pequeña. La olieron y ambos maullaron. Reconocieron el olor, sabían que era ella. Mico se tumbó justo debajo de sus pies mientras los tocaba con delicadeza, tapados por el body. Coco lo hizo justo al lado de la cabeza, la olió y se acomodó a su lado, sin molestarla lo más mínimo.

Justo en ese momento ambas nos miramos y supimos que no dejarían de cuidarla ni un solo día de sus vidas.

—Me costó un poco enseñarles a darle espacio y que la pequeña no se asustara — recuerdo— pero supongo que me equivoqué, no hacía falta. Fíjate, están prácticamente igual que aquel primer día.

—Saben cuándo deben estar y cuándo no. Además, si necesita espacio, ella misma los aparta. Cuando Mico se pone pesado se ha llevado más de un tirón de orejas de la niña — reímos al recordarlo.

—Sí, ella misma les enseña —me abraza por la espalda y se apoya en mi hombro—. Y a partir de ahora será ella quien le enseñe a su futuro hermanito o hermanita —agrega besando mi cuello.

La miro y la beso. Mi mirada se posa de nuevo en nuestra pequeña. Sí, será una gran hermana mayor. No podemos estar más seguras.

Capítulo 15

Valentina

Mientras desayunamos, llamo por videollamada a mi madre para contarle que llegaremos a tiempo para la cena. Creo que esos días me comporté como una tonta sin motivo. De hecho, sus miradas me lo han hecho saber. Sé perfectamente que, a veces, mis nervios pueden llegar a traicionarme y esta ha sido una de esas veces.

—¿Y tus padres, Lucía? —sé de sobra que conocen los planes de sus consuegros, pero el plan sigue adelante y toca preguntarle.

—Pues tengo entendido que harán un viaje estos días, los dos solos, no sé a dónde. Tenía muchas ganas de tenerlos aquí en Navidad y poder pasarla todos juntos. Pero bueno —se encoge de hombros— para mí lo más importante es que sean felices, y sé que lo son en todos sus viajes. Espero poder verlos pronto.

—¿Y nuestra nieta? —mi padre hace su aparición como ya es costumbre.

—Jugando con Mico y Coco —me giro para buscarla—. ¡Sami, los abuelos quieren hablar contigo!

No se escucha nada, así que me levanto.

—¿Sami? —insisto.

—¿Estará haciendo otra de sus trastadas? —pregunta mi madre entre risas.

—No tiene gracia, mamá —apunto con media sonrisa, estaba en nuestra habitación hace un momento, con los gatos.

Me paro al ver la estampa. Justo al terminar su desayuno, la hemos visto correr y subir a nuestra cama. Ahora, está apoyada en el cuerpo de Mico y ambos duermen. Coco me mira sentada desde la almohada, vigilando como siempre. Me acerco a ella y la cojo en mis brazos. La acaricio y dejo unos besos en su cabecita mientras vuelvo a la cocina.

—¿Y la peque?

—Dormida con el grandullón —les explico con media sonrisa.

—Pero si nos hemos levantado hace nada —apunta Lucía mirando la hora. Yo me encojo de hombros, no voy a ser yo quien la despierte.

Lo cierto es que esa siesta mañanera en nuestro penúltimo día en el monte nos pasa factura durante el día. El resto de la tarde y gran parte de la noche, la niña está de lo más enérgica. Aprovechamos esas horas que juega entretenida para hacer las maletas y empezar a recoger. Esta será nuestra última noche en este lugar.

Lucía

Última mañana en el monte. Hoy, antes de desayunar, hemos podido salir de la casa. Todo el camino está ya despejado. Me monto en el coche y lo arranco, tenía miedo de que, después de tantos días parado y por la nieve, no lo hiciera. Montamos las maletas que ya teníamos preparadas y entramos de nuevo en la vivienda para guardar las últimas cosas que nos faltaban.

—Sami, cariño, empieza a recoger tus juguetes, nos vamos a casa.

—¡No *quero*! —suelta frunciendo el ceño.

—¡Pero bueno! ¡Cómo que no quieres!

—Quero jugar más —insiste muy seria.

—Puedes dejar algún juguete fuera y jugar en el camino a casa si quieres, pequeña. Pero ya no podemos estar más tiempo aquí. Además, ¿no quieres ver a los abuelos? —pregunto, sabiendo que es su punto débil.

—¡Chi! *Abelos, abelos...*

—Pues venga, recoge que en unos minutos nos vamos —anuncio.

Para qué voy a mentir, jugar la ficha de los abuelos, en el caso de Sami, es bastante eficaz. Siempre va a decir que sí cuando se trata de sus abuelos o de los yayos.

Una hora después, estoy terminando de montarla en el coche. Le dejo un par de muñecos y un libro junto a su sillita para que juegue durante el camino y cierro antes de volver. Valentina está cerrando la puerta y deja las llaves en el lugar donde nos la dejaron a nosotras los dueños.

—¿Lista? —pregunto al llegar a su altura.

—Sí, ¿está todo montado?

—Todo montado, niña incluida —agrego y ambas sonreímos.

Bajamos los escalones del porche y observamos la casa, cada año nos regala nuevos momentos y recuerdos que jamás se nos olvidarán.

—Volveremos el año que viene, ¿verdad? —cuestiona Valentina

—Como cada año, mi amor.

Me mira, suspira, sonríe y me besa.

—Te quiero, Lu —susurra, apoyando la cabeza en mi hombro con suavidad.

—Y yo a ti, mi amor.

Cada día, crecemos de la mano. Superando nuevos escalones y fases de nuestra vida. Sea donde sea, lo hacemos. Pero esta semana en especial, esta casa en el monte nos hace recordar el motivo por el cual estamos juntas, así como los mejores momentos en familia que hemos pasado desde que decidimos compartir nuestra vida.

Nos montamos en el coche, nos miramos sonrientes y cogemos nuestras manos antes de emprender el camino de vuelta a casa. Una nueva semana para el recuerdo, nuevos días para grabar en la memoria.

Mucha más tinta, ronroneos y chupetes que quedarán marcados en nuestras vidas.

Capítulo 16

Valentina

Cuando por fin llegamos al pueblo, hacemos una visita rápida a mis padres y volvemos a casa. El viaje se ha hecho un poco pesado, demasiado tráfico por las fechas, y necesitamos un poco de tranquilidad. Por suerte, nos habían pedido algo de comer y no nos hemos tenido que parar a cocinar, gesto que les hemos agradecido hasta la saciedad.

Decidimos vaciar y colocar las maletas antes de poder sentarnos y descansar. Lo que no imaginamos es que se alargaría durante toda la tarde, ya que entre vaciar, colocar y lavar... A lo tonto, nos pasamos toda la tarde sin parar de hacer cosas. Además, Sami está de lo más juguetona y tampoco nos deja parar. Incluso tenemos que prepararle la cama de su dormitorio en vez de la cuna, ya que, como bien dice: «Zoi mayor y *duemo* en la cama».

Lucía me recibe en la cocina con una copa de vino.

—Dios —suspiro— como te amo —la cojo y antes de poder probarlo la beso.

—¿Se quedó dormida?

—Sí, no me dio tiempo a terminar de leerle el cuento —explico con una sonrisa.

Al instante, ese olor tan familiar y rico llega a mis fosas nasales. Mis ojos se abren y mi boca empieza a salivar.

—No me digas que...

—Sí, empanada —apunta sonriente—. Le quedan cinco minutos.

—He tenido que hacer algo muy bueno en otra vida para tenerte en esta —admito antes de abrazarla.

—Voy a bajar los grados del horno un pelín, así termina de hacerse con calma.

Mientras lo hace, me voy hasta la ventana más cercana. Ha empezado a nevar de nuevo, por suerte esta vez nos pilla en casa. A los pocos segundos, su cuerpo está pegado al mío. Me abraza con suavidad por la espalda, apoyándose en mi hombro. Como de costumbre, besa mi cuello y todo mi vello se eriza.

—Como el primer día —susurra divertida, acariciándome con la punta de su nariz.

—Y así será hasta el último —admito—. No sabes lo que provocas con un sencillito beso.

—Te equivocas, sí que lo sé —se acerca a mi oreja, dejando un pequeño mordisco y susurra—. Y me encanta.

Mi cuerpo vuelve a temblar, ambas reímos cuando ocurre. Me giro y me abrazo a ella. Sus labios y los míos se encuentran en un nuevo baile, calmado, sensual. Sentimos cómo el calor empieza a inundar nuestros cuerpos muy poco a poco...

—¿Te apetece...? —pregunta en un susurro.

—Sí —digo divertida—. Mucho.

—Te lo haría aquí mismo —confiesa al mismo tiempo que me sube a la encimera de la cocina— pero no quiero que la cena se estropee —reímos.

—No, con lo rica que está tu empanada. Además —la beso con calma antes de seguir hablando— nada como un poco de tensión y espera para hacerlo más divertido, ¿no te parece?

Beso y acaricio su cuello con calma, sus manos rodean mi cintura y me aprietan contra ella.

—Si sigues así, rubia, no dejaré que te bajes de ahí —amenaza.

—¿Y qué harás?

Nos encanta provocarnos, sé que no puede más, yo tampoco. Y este último atrevimiento me lo responde con una simple mirada y un gesto rápido.

Su mano se ha colado entre mi pijama, instintivamente abro las piernas y dejo caer mi espalda hacia atrás cuando entra dentro de mi. Gimo, no aguanto esta vez. Sin decir nada, los movimientos comienzan a ser mucho más rápidos hasta que me tenso y sus dedos quedan atrapados en mi interior.

—Joder, Lu —me abraza y me besa.

—Pues esto es solo el comienzo —suspiro al oírla. Sabemos que el horno ha sonado hace pocos minutos—. ¿Cenamos para recuperar fuerzas?

—Por favor —respondo a modo de súplica.

A partir de ese momento, las miradas son cada vez más intensas, las caricias no cesan. Los besos y los mimos se quedan hasta que no aguantamos más y nos lanzamos la una sobre la otra.

Y, sí, podríamos haberlo hecho allí mismo, pero yo tiré de ella hasta cerrar la puerta de nuestra habitación y ese pestillo tan mono que había comprado y colocado esa misma tarde.

—¿De verdad crees que es necesario? —pregunta Lucía entre risas mientras la tumbo en la cama y termino de desnudarla.

—Tanto como que tú aguantes cada gemido que voy a provocarte en las próximas horas.

Un suspiro, solamente eso puedo soltar antes de sentirme dentro de ella.

Y es que, así son. Libres, directas, sensuales, intensas y llenas de amor. Nada ni nadie podrá romper esa unión. Nunca, jamás, podrán vivir la una sin la otra.

Siempre darán las gracias a esos primeros ronroneos por encontrarlas, a toda esa tinta que las marcará y les recordará sus mejores momentos, pero sobre todo, a esos chupetes que han formado y terminarán de cerrar su familia. Son ellas, y nada más.

Epílogo

Lucía

—¡Venga, mi amor, o llegaremos tarde! —escucho la voz de Valentina desde el salón. Estoy terminando de abrochar los últimos botones de mi camisa cuando aparece.

—Ya estoy, Valen.

—Perdona, pero es que no quiero que ellos lo preparen todo, ya lo sabes —se disculpa.

—Sí, llegaremos con tiempo, no te preocupes —me acerco y la beso—. Aunque mi retraso es culpa tuya.

Sonríe maliciosa al recordar la jugada que me ha hecho antes de entrar en la ducha. Y es que ha aprovechado que la niña estaba entretenida viendo unos dibujos para hacérmelo en el baño.

—Tienes razón, pero quién se resistiría a este cuerpo, ¿eh? —cuestiona besándome de nuevo.

Mientras Valentina sube a la niña y a los gatos al coche, cojo el postre que he preparado esta tarde. Miro también mi móvil, llamé a mi madre para saber cómo estaban y les mandé un mensaje, pero ni siquiera lo han visto todavía.

—¿Nada? —pregunta Valen al ver que miro el móvil muy seria.

—No, habrán dejado el móvil en casa antes de salir, estoy segura. Con lo poco que les gusta..., no sería la primera vez. Mañana les llamaré otra vez.

Sonríe, me besa y ponemos rumbo a casa de sus padres. Está bastante cerca, pero con el mal tiempo y la niña no nos apetece caminar, y mucho menos, tener que regresar a casa tan tarde caminando.

Al llegar, Valen lleva el postre en la mano, así que soy yo quien baja a la pequeña y coge los transportines de Mico y Coco. La rubia me pide que llame, ya que ella tiene ambas manos ocupadas y no puede.

—¡Yo, mami! —se ofrece Sami. Le suelto la mano, llega hasta la puerta y llama varias veces al timbre. Siempre llama tres veces, así sus abuelos saben que es ella.

La miro con una sonrisa cuando se abre la puerta, una sonrisa que desaparece en cuanto miro hacia arriba. Y es que yo esperaba que fuese Amparo o Antonio quienes nos abrieran. Pero no es así.

—¿¡Mamá?! —mis ojos se abren y mi expresión se vuelve de sorpresa total—. ¿Qué... qué haces aquí? —pregunto confusa.

—¡Yaya! —grita la niña antes de abrazarla.

Yo me he quedado petrificada en la puerta, la esperaba en cualquier lado de este mundo, excepto aquí. No es hasta que Valen me empuja por la espalda cuando doy los dos pasos que nos separan y me abrazo a ella.

—No me lo puedo creer —susurro.

—¿Pensabas que íbamos a pasar la Navidad lejos de vosotras? Estás muy equivocada, hija.

Pocos segundos más tarde, mi padre me recibe con los brazos abiertos. Miro a mis suegros y están sonriendo, al igual que Valen. En ese momento entiendo que ha sido cosa de todos y ellos así me lo confirman.

—Como solemos decir —comienza Amparo, frase que le sigo al momento—. No hay nada como la familia —todos sonreímos al unísono, es una de las frases que seguirán a nuestra familia por mucho tiempo.

No es la primera vez que cenamos todos juntos, incluidos Mico y Coco, pero siendo unas fechas tan señaladas, hace que me sienta mucho más feliz y contenta que nunca.

En uno de esos momentos, cuando siento que mis ojos se humedecen al ver a todos los abuelos juntos, disfrutando de Sami y de los gatetes, me levanto y me voy a la cocina con la excusa de coger algo.

Valen me sigue, sé que ella no se lo ha tragado. Me conoce demasiado bien.

—¿Estás bien, mi amor? —pregunta acercándose a mí con pequeños pasos.

—Mejor que nunca. Gracias por esto, me habéis hecho muy feliz —confieso.

—No te mereces menos —susurra antes de besarme—. Oye, había pensado que, quizás, cuando la peque se quede dormida, podemos anunciarles que hemos decidido aumentar la familia. Esta vez me gustaría tenerlos involucrados a todos desde el principio —propone.

—Sí, me parece una gran idea.

Al volver, nos quedamos mirando la estampa. Los cuatro abuelos jugando con la pequeña. Coco sentada en las piernas de mi madre, Mico siendo el centro de atención junto a Sami.

—No podemos pedirle más a la vida —suspira Valentina abrazándome por la espalda.

—No, desde luego que no.

FIN

Otros libros de las autoras

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán estos otros. Y por favor, no te olvides de dejar un comentario en Amazon o Goodreads. No te lleva casi nada de tiempo y es importante para que otras personas encuentren el libro.

¡¡¡Muchas gracias!!!

[La vecina de enfrente](#)



Clara Guerra es una mujer risueña y trabajadora que se muda a un edificio de vecinos buscando esa independencia tan deseada.

Linda Sanz, por su parte, es una mujer de carácter fuerte, muy reservada y cuadrículada. ¡Así la definen aquellos que la rodean! Y es, nada más y nada menos, que la vecina de enfrente.

Todo cambia cuando empiezan a conectar después de un primer e inesperado encuentro, a partir del cual ambas se sienten cada vez más unidas. Ninguna de las dos imaginó que una simple carta las volvería imprescindibles en sus respectivas vidas.

Clara y Linda emprenderán un camino juntas, lleno de miedos, dudas y mucha aceptación. Un camino lleno de piedras que intentarán superar de la mano. Y es que nada ni nadie podrá romper esa conexión que las une, aunque para ello deban dejar atrás aquello que más quieren.

Una historia llena de oportunidades, aceptación, amistad, familia y amor, mucho amor.

[Las cartas perdidas de Sara Nelson](#)



A los 42 años, Samantha Thomson se encuentra en una encrucijada. La vida perfecta con la que había soñado se derrumba. Recién salida de un doloroso divorcio, debe sacar adelante a dos hijas adolescentes y sus días se han convertido en una aburrida rutina.

Olivia Mitchell, su antigua amiga de la infancia, es todo lo contrario. Lleva más de dos décadas viajando por medio mundo, rodando documentales que pretenden concienciar sobre las desigualdades e injusticias. Luchando por conseguir que las cosas cambien.

Sus vidas se cruzan de nuevo, regresando a la superficie sentimientos que habían sido enterrados.

Doce románticas cartas de amor de la Segunda Guerra Mundial, escondidas en un viejo libro, encienden en Samantha un inesperado espíritu de aventura.

Empujada por su amiga, recorrerán pintorescos pueblos nevados en las montañas de Vermont, y en su intento de entregar las cartas perdidas, ambas tendrán que luchar contra sus propios fantasmas.

[Todo al rojo](#)



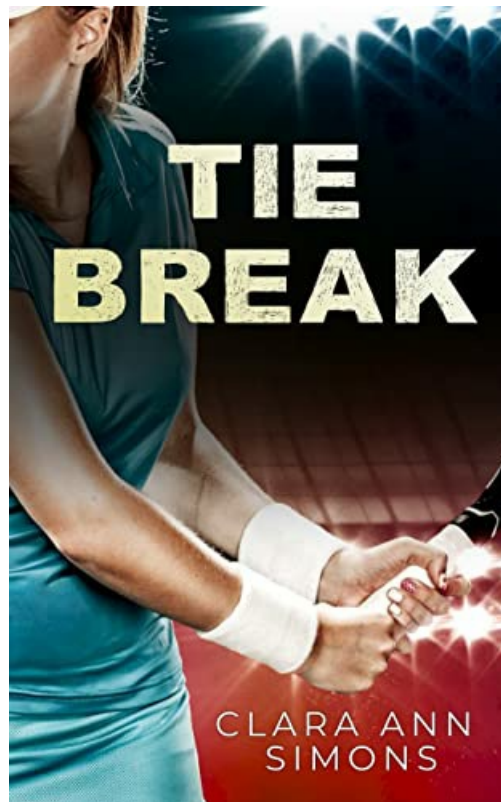
Todo al rojo relata el reencuentro de dos mujeres. Dos mujeres que aprendieron mutuamente y se apoyaron, convirtiéndose cada una en una persona importante para la otra. Dos mujeres que conectaron sus almas en ese mismo instante y no lo supieron, o sí. Dos mujeres que vuelven a verse y, esta vez, convertidas en compañeras de trabajo. Un trabajo que volverá a unir las, haciéndolas más fuertes, para intentar superar todos esos inconvenientes que la vida les ha preparado.

Dos mujeres, un equipo. Todo al Rojo.

¿Preparado/a para acompañar a María y Beatriz en esta aventura?

Si quieres vivir dentro de una montaña rusa de emociones: ¡Apuesta al rojo!

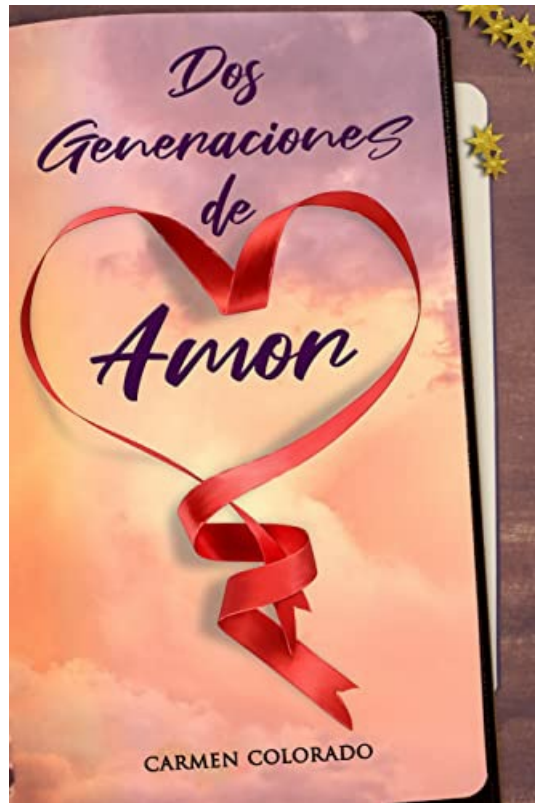
[Tie Break](#)



Brooke McKlain es un nombre muy conocido para los aficionados al tenis. Elena no tiene ni idea de quién es. Solo sabe que está arruinando su vida.

Cuando Brooke decide tomarse un descanso en un hotel de lujo en Hawaii, no esperaba que esa mujer que la desafió desde el primer momento le enseñase lo que es el amor. Elena le hará cuestionarse muchas cosas y darse cuenta de todo lo que se está perdiendo. Pero sus mundos son demasiado distintos y nada es tan fácil como parece... sobre todo, cuando la imagen pública que quieres mostrar pesa más que tus sentimientos.

[Dos generaciones de amor](#)

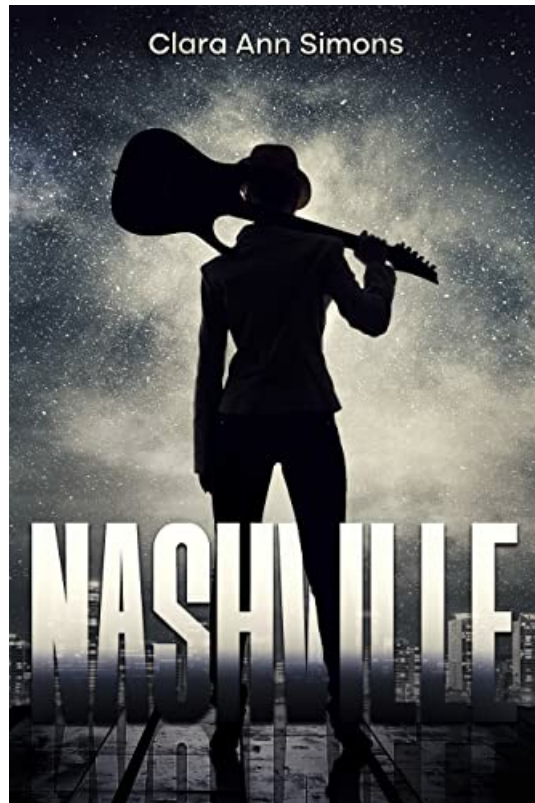


Volver a casa después de 20 años no era nada fácil para Carlota. Sabía que le esperaban reencuentros, enfrentamientos y un pasado que aún sigue muy presente. Pero no imaginó que todo sería tan complicado.

Ella solo quería encontrar esa paz y felicidad que la ciudad no le ha podido dar.

¿Será capaz de reconducir el destino que la vida le tiene preparado? ¿Superará esos obstáculos? ¿Encontrará finalmente la felicidad que está buscando?

[Nashville](#)



Sexo, drogas y rock and roll.

La vida de Jackie Thomas podría resumirse en esa mítica frase.

Tras abandonar su hogar a los 16 años, deambuló por el país, buscándose la vida en varios grupos como cantante o guitarrista. Ahora, a los 28 años, ha llegado a lo más alto como vocalista de los Black Magic, una banda de heavy metal con una legión de fieles seguidores. Mary Crawford es una figura en ascenso en la música country. Apodada por la prensa como la “Princesa de Nashville” se va abriendo paso en un grupo junto a sus dos hermanas mayores bajo la estricta dirección de su padre, que condiciona cada aspecto de su carrera musical y de su vida.

Cuando deben viajar a Las Vegas al ser contratadas por una cadena de televisión como jurado de un concurso de talentos, saltan chispas entre ellas. El carácter fuerte e irresponsable de una choca contra buen juicio de la otra, aunque pronto descubrirán que tienen más en común de lo que en un principio pensaban.

Al fin y al cabo, Las Vegas es una ciudad llena de magia.

Sin embargo, ¿lo que pasa en Las Vegas se queda siempre en Las Vegas?